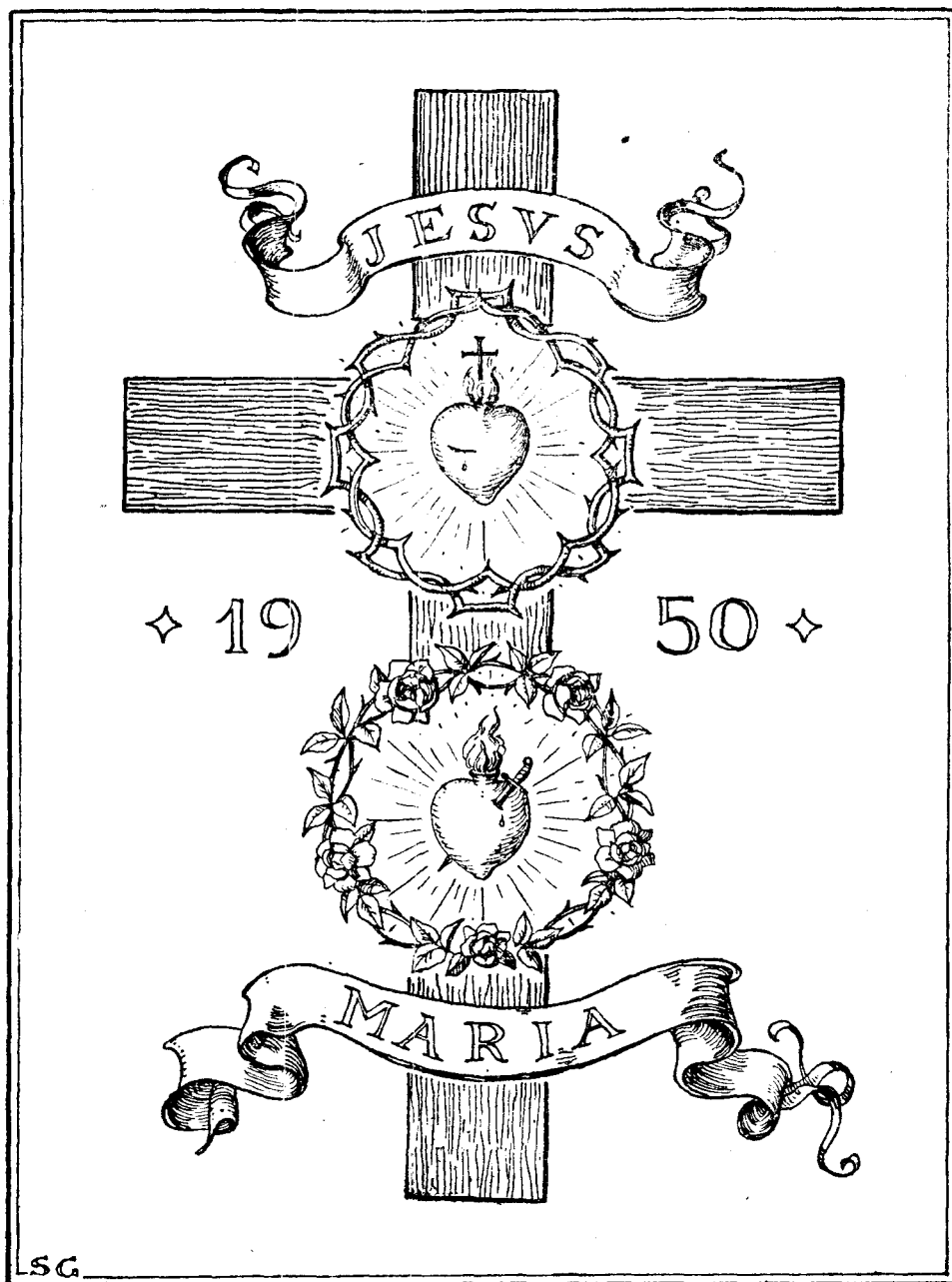


CRISTIANDAD

AÑO SANTO DE 1950



DESDE ROMA NOS LLEGA UN TRASCENDENTAL JUICIO
SOBRE LA PRESENTE SITUACIÓN DEL MUNDO
LA GUERRA DE LAS ARMAS Y LA DE LOS ESPÍRITUS
UN DEBER URGENTÍSIMO, QUE ES HUMANAMENTE IMPOSIBLE CUMPLIR

La Parroquia, con sus dependencias
 Sociales, es el centro de la vida
 católica.

V. H.

RAZON Y FE

REVISTA MENSUAL HISPANO-AMERICANA DE CULTURA

50 AÑOS DE PRESTIGIO

La vida cultural vista con ojos católicos. - Amplio interés por todos los problemas humanos y especialmente por los del espíritu.

Religión, Historia, Derecho, Filosofía, Artes, Ciencias, Literatura Antigua y Moderna, Educación, Política y Sociología, Psicología...

Intersección del Dogma y la Moral católica con todas las manifestaciones de la vida individual y social. Movimiento literario y científico de España y del Extranjero.

Estudios eruditos. Crónicas y documentación. Orientaciones doctrinales y prácticas. Copiosa crítica bibliográfica en cada número.

Aparece en fascículos de más de 100 páginas el primero de cada mes.

Administración: Suscripciones, pagos, giros, pedidos, devoluciones, publicidad: Ediciones FAX, Zurbano, 80, Apartado 8001.—**Madrid.**

Redacción: Originales, libros para la Bibliografía, consultas: Redacción de «RAZON Y FE», Pablo Aranda, 3, **Madrid.**

Precios de suscripción: España y naciones del Convenio Postal: Anual, 70 ptas. Para los demás países: Anual, 90 pesetas. Número suelto, 8 ptas. Número atrasado, 10 ptas.

Se entiende siempre años naturales.

PUBLICACIONES CRISTIANDAD

Hacia el Cuarto Año Jubilar

10 pesetas

Catolicismo o barbarie

35 pesetas

**Al Reino de Cristo
 por la devoción a su Sagrado Corazón**

30 pesetas

Emisaria de Cristo Rey

30 pesetas

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual 100'— Ptas.

Semestral . . . 50'— »

Trimestral . . . 25'— »

Número ordinario . . . 5'— ptas.

Encuadernar 25'— »

Tomo encuadernado . . 125'— »

UN AUTORIZADO Y TRASCENDENTAL JUICIO QUE NOS LLEGA DE ROMA SOBRE LA PRESENTE SITUACION DEL MUNDO

¿TENEMOS CONCIENCIA DE LA GRAVEDAD DE LA HORA ACTUAL?

DE QUE SE TRATA EN EL DIA DE HOY

Basta leer en los diarios que dan muestras de mayor seriedad, las relaciones de las grandes conferencias políticas, los discursos de los dirigentes de los asuntos públicos, y fácilmente nos convenceremos de que la situación internacional se hace cada día más grave, esto es, que la oposición entre los países en que el comunismo domina y aquellos que quieren defender la libertad y la democracia es cada día mayor, y sus relaciones cada vez más hostiles.

Es cierto que una y otra parte declara no desear la guerra y que hombres competentes en los asuntos políticos afirman que no existe en el momento un peligro de guerra inmediata e inminente. Sea lo que sea de estas afirmaciones —ya sean verdaderas, ya solamente se hagan para tranquilizar los ánimos—, no nos importa mucho.

Lo que subsiste y perdura es este hecho gravísimo: que en el mundo, dividido en dos partes, se prepara con medios y medidas gigantescas una lucha suprema, como no se ha visto aún en la tierra.

Esta guerra es doble: de las armas y de los espíritus.

Lo que inquieta principalmente los ánimos es la guerra de las armas. Y sin duda que lo que dicen los conocedores de las cosas militares acerca de las nuevas armas y métodos de conducir la guerra es de tal gravedad que no deja lugar sino a temer para la humanidad miseria y ruinas crueles.

Sin embargo, esta guerra no es sino la manifestación de otra lucha aun más grave, cuyo resultado —por lo menos en cuanto puede preverse por los hombres— determinará para largo tiempo la suerte del género humano: a saber, la lucha de los espíritus.

La trascendencia de este combate espiritual es hoy conocida por muchos cada día con mayor claridad. Entienden, enseñados por la experiencia, que una vez el comunismo alcanzase la victoria, la humanidad no sólo quedaría reducida a una horrible opresión física, sino también en una peor esclavitud espiritual, que tiende a despojar a los hombres, sometidos al colectivismo, de toda libertad y de su dignidad de persona racional.

Esta guerra espiritual no es en sí algo nuevo. Empezó con el primer pecado. **Pero son nuevas la extensión, los métodos y las condiciones de esta guerra.**

Después de la **gran apostasía del género humano**, que se ha realizado durante los últimos siglos, laicizada toda la vida pública y privada, por obra de la ciencia y de la técnica consagradas al materialismo, parece ya posible que el poder de las tinieblas, empleando todas sus fuerzas y su último empuje, **intente el ataque supremo contra todos los valores espirituales de la humanidad, en primer lugar contra la religión y la Iglesia de Cristo.**

UNA ESPERANZA PELIGROSA

Que entre estas dos luchas existen relaciones íntimas, no hay nadie que no lo vea. Sin embargo, estas relaciones no son las que muchos imaginan.

Porque muchos creen que, decidida la guerra de las armas, se habrá resuelto también la del espíritu, a saber, que la victoria de los ejércitos comunistas sería la victoria completa de su ideología, y viceversa, la victoria de los que defienden, según dicen, la democracia sería el triunfo de la libertad, de los valores espirituales y —según no pocos católicos juzgan y esperan— de la religión y de la Iglesia.

Desconocemos los designios de Dios; no sabemos si querrá intervenir ni cuándo, acaso de un modo extraordinario. Pero si es lícito conjeturar los acontecimientos futuros por las causas que hoy obran y por las leyes que rigen la evolución histórica y social de la humanidad, entonces esta opinión de muchísimos sólo puede ser verdadera en parte.

Ciertamente, nadie que tenga la inteligencia sana duda hoy en día de que, si resultasen vencedores los ejércitos del comunismo, consolidarían en todo el mundo aquella esclavitud espiritual, aquel colectivismo que destruye toda dignidad de persona humana, que se manifiestan en todas las regiones sometidas al comunismo.

Pero lo contrario, a saber, que la victoria de las potencias democráticas sería la victoria de los valores espirituales, apenas puede sostenerse. Pues de hecho, la afinidad ideológica entre estos dos campos es mucho mayor de la que se cree por muchos.

Porque el ateísmo, el positivismo, el materialismo, el naturalismo, que son como el alma y el fundamento del comunismo, son, por desgracia, defendidos, aun teóricamente, y pasan a regir la vida de aquellos que sólo en el campo económico y en algunas cuestiones sociales son adversarios ardientes del comunismo.

Por tanto, quebrantado el poder material, físico y militar del comunismo, de ningún modo se debe decir que ha sido vencida su ideología. Pues la mayor parte del mundo permanece imbuída de los principios ideológicos que han sido la causa de las calamidades presentes.

La guerra, pues —sea cualquiera su resultado—, en ningún modo dirime la lucha espiritual en favor de los valores espirituales. Y en medio de la grandísima miseria que es de prever seguiría a una nueva guerra mundial, ¿qué se podría esperar de hombres imbuídos en los principios ateos y materialistas?

De la guerra, por tanto, no hay que esperar ningún bien, sino que son de temer todos los males.

LO UNICO NECESARIO, QUE ES IMPOSIBLE

Una lucha espiritual debe hacerse con armas espirituales. Por ello, el deber urgentísimo que incumbe hoy a todos los cristianos, en primer lugar a la verdadera Iglesia de Cristo, es éste: el de trabajar para la conversión del mundo. Deber gravísimo, tan grande, que no puede en modo alguno ser cumplido por nosotros.

Porque una gran parte del mundo está bajo el poder del comunismo, o

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

EDITORIAL. **Un autorizado y trascendental juicio que nos llega de Roma sobre la presente situación del mundo** (págs. 409 a 411)

La Cruzada de Occidente: La traición del optimismo, por O. (págs. 412 a 414).

¡Adivino de males! (pág. 415).

Escuchad la voz (págs. 416 a 420).

Una larga paz puso en peligro la fe (págs. 422 a 424).

La Cruzada Católica en Oriente, por el P. Carlos del Saz-Orozco, S. I. (págs. 425 y 426).

El llamamiento del Papa a los intelectuales (págs. 426 y 427).

La elección de Pilatos, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 428 y 429).

Normas morales por las que se han de regir los periodistas y publicistas católicos (pág. 430).

De actualidad (págs. 431 y 432).

ADVERTENCIA.—CRISTIANIDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que pueden serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver.

totalmente substraída a cualquier influjo de la Iglesia, o de día en día más apartada de ella.

En la restante parte del mundo, casi toda la vida social y pública está laicizada. ¡El materialismo y el naturalismo están en pleno triunfo! Y aun entre aquellos que quieren todavía ser cristianos, ¡cuánta diversidad de opiniones y de «confesiones», que más bien impide que los que buscan la verdad la encuentren!

Así, pues, únicamente a la Iglesia incumbe el deber de promover la necesaria renovación espiritual de la humanidad. Pero, hablando humanamente, ¡cuán incapaz es ella de cumplir tal deber!

¡Cuántos fieles que sólo son católicos de nombre, cuán exiguos los medios naturales o «técnicos» de que pueden usar en su apostolado, en comparación con aquellos de que pueden disponer sus adversarios! ¡Cuán exiguo el número de sacerdotes y de apóstoles seculares! ¡Cuántos obstáculos dificultan y aun llegan a hacer imposible su actividad misionera!

Ponderadas todas estas cosas a la luz de la razón natural, debemos sin vacilación decir que es imposible que la Iglesia, con los medios humanos, pueda cumplir este deber.

Esta absoluta necesidad de «re Cristianización» **que es indispensable para que el mundo se salve**, por una parte, y **la absoluta imposibilidad de cumplir esta misión**, por otra, debe ser claramente conocida y totalmente admitida por nosotros.

De otro modo, nunca nos acogeremos fervorosamente y con la debida intención a los medios sobrenaturales.

En estos medios sobrenaturales, pues, y únicamente en ellos se funda toda nuestra esperanza.

Ciertamente **debemos usar también de los medios naturales de todas las maneras posibles**, los cuales, sin embargo, reciben sólo de la divina gracia su valor y eficacia para la propagación del Reino de Dios.

Y así, aun en estos difícilísimos tiempos, no hay que desesperar, sino buscar únicamente **el verdadero auxilio, es decir, el auxilio divino.**

Y cuanto más débiles y más faltos de fuerzas estamos, si ya no nos queda ninguna esperanza de que podamos ser salvos, tanto mayor es la esperanza y confianza de que nos ayudará Dios: pues **«Él ha escogido las cosas débiles de este mundo para confundir a los fuertes»** (I Cor. 1, 22).

NUESTRA SALVACION ESTA EN EL CORAZON DE JESUS

El gran medio **para la salvación del mundo**, que nos ha sido dado por Cristo nuestro Señor y por su Iglesia, es la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús. Con mucha frecuencia, la Iglesia, en los últimos decenios, invitó una y otra vez a los fieles a que implorasen y hallasen la misericordia y el auxilio en el amor de este Corazón.

Por lo cual, el Apostolado de la Oración ha promovido esta CRUZADA DE ORACIÓN Y PENITENCIA para **invitar con esfuerzo extraordinario y llevar a los fieles a buscar la salvación en esta fuente de amor y de misericordia.**

Quien atentamente considere todo lo hasta aquí dicho, comprenderá fácilmente **la trascendencia máxima** de nuestra Cruzada. Es realmente una acción **que quiere y puede aportar el más eficaz auxilio a las calamidades de nuestro tiempo.**

Por tanto, a nosotros, a quienes se nos ha dado el deber de propagar el Apostolado de la Oración y la devoción al Sagrado Corazón, ciertamente nos alcanza la gran responsabilidad de ofrecer a los hombres este medio de salvación.

Ya mucho se ha hecho y se hace en diversas regiones para que esta Cruzada se propague entre los fieles. ¡Pero no cejemos en esta labor! Esforcémonos para que en la segunda parte del Año Santo nuestra acción continúe con nuevo ánimo y nueva fuerza, de modo que en el año próximo, cuando el Año Santo se extienda a todo el mundo, pueda nuestra Cruzada contribuir en grado sumo a multiplicar sus frutos.

La Dirección General del Apostolado de la Oración

Roma, Julio de 1950.



LA CRUZADA DE OCCIDENTE

LA TRAICION DEL OPTIMISMO

Una denuncia clara y concisa. - La descomunal coyuntura que vincula por un momento los destinos del mundo a la sonrisa de un hombre. - ¿Inconsciencia optimista u optimismo consciente? - Hoy denunciaremos a estos oficiantes de la perenne sonrisa como culpables de traición.

Con toda solemnidad encabezamos estas líneas con este tremendo calificativo de traición, ya que, al punto a que hemos llegado, queda ampliamente justificado el que se prescindiera ya de fórmulas convencionales o de términos imprecisos.

Si lo que se enjuicia, o el valor de lo que está en juego, es condición o cantidad de menor trascendencia, es, hasta cierto punto, justificado el que se ponga menos fuerza en la expresión que define el concepto. Cuando el asunto a que se contrae nuestra expresión no sólo es importante, sino que abarca en su más amplia extensión a todo cuanto somos y tenemos, no sólo es justo el empleo del más adecuado calificativo, sino que, además, debe de ser imperioso mandato que se exige a todo ser consciente.

Todo cuanto desde hace tantos años hemos venido denunciando en llamada alarmadísima e insistente, es ya hoy realidad inevitable (1). En cada distinto envío hemos tratado de enjuiciar la cuestión desde ángulos diferentes, aunque sin desentendernos de la tremenda visión de conjunto dramático que se nos planteó desde el primer momento.

Todo cuanto somos y tenemos está en juego en estos momentos dramáticos de la historia del mundo, y, desde hace ya muchos años, esta ineludible coyuntura persiste. Durante el curso de estos años pasados hemos soportado pacientemente una clasificación de pesimismo que nos otorgaban quienes, atribuyéndose una postura optimista, «sabían positivamente» que en el mundo no pasaba nada.

No nos interesa denunciar o simplemente referirnos a la gran masa de ligeros optimistas inconscientes, por cuanto consideramos comprensible el que la gran masa de gentes cuyo pensamiento se detiene apenas a considerar ningún problema, venga alegremente desviada de un camino de razón por este su mismo natural alegre impulso. Lo que opinan estos transeúntes anónimos no tiene peso específico, por cuanto no es consecuencia de ninguna idea generada en un crisol propio. En cambio, puede considerarse importante por cuanto ésta, que viene en llamarse opinión general, es siempre reflejo de ideas o consignas transmitidas por otros. A estos otros es a quien vamos a enjuiciar implacablemente.

* * *

Llamamos traición al «optimismo» consciente y, por ende, llamamos traidores a los que *conscientemente* se dedican a difundir *este optimismo*. Nos anticipamos aquí a salir al paso de un argumento al parecer «inofensivo» que se esgrimirá seguramente en contra de nuestro pesimismo. Pueden pensarse, y así se nos ha manifestado en múltiples ocasiones, que es mejor llevar engañada a la masa por vías optimistas que hacerla vivir desatentada por la visión de una negra perspectiva. Este punto de vista es fundamentalmente falso. El materialismo ha creado el

(1) En ésta y otras referencias análogas contenidas en el presente y en anteriores artículos sobre «La Cruzada en Occidente», alude el autor, a sus propios escritos y actividades, desarrolladas muchas de ellas antes de la aparición de nuestra Revista.

sofisma del «bien vivir», y dentro de este sofisma cabe, naturalmente, esta abúlica condición gregaria que asimila la masa de seres conscientes al medio irracional de estos rebaños que viven y mueren en serie sin saber nada de lo que son o por qué están. Refutamos esta tesis y, por contra, afirmamos que es necesidad ineludible de todo ser consciente venir a discurrir por sí mismo y en cada momento la distinta proyección de su destino. Esta es, naturalmente, ley cristiana del individuo. La otra es ley pagana atribuible a la comunidad.

El individuo debe saber cómo vive y debe, en su momento, comprender por quién muere. La conciencia de la vida entraña la obligación de llegar dignamente a entender el sentido inevitable de la muerte, y es, por tanto, razón que estas masas optimistas a las que nos referimos conozcan tanta verdad como sea precisa, para que, al llegar al momento del tránsito, comprendan algo de lo que son y adónde van. A mayor abundamiento, esta obligada conciencia es más necesaria en momentos en los que el destino de gentes y pueblos viene hipotecado por una tan clara y dramática condicional.

Esto sentado, y volviendo al tema fundamental de este escrito, repetimos que consideramos traidores a la causa cristiana de Occidente a cuantos seres conscientes y responsables predicaban optimismo y difundían entre sus semejantes la idea amable de que nada trascendental se ventila en estos momentos del mundo y, por ende, no hay nada que temer.

La táctica que emplean estos «intelectuales» del apaguamiento consiste, primeramente, en augurar que no existe inminencia de peligro. No pueden negar «ciertos» inconfundibles síntomas de que algo grave se deriva de la tensión entre Oriente y Occidente, pero, a su entender, no es inminente el peligro. Esto trae consigo el que las gentes que beben en estas fuentes de error reciban complacidas esta primera inyección de optimismo, que tan bien coincide con su peculiar disposición. Creado así el clima adecuado, estos inventores de optimismo siguen tratando a su auditorio mediante fórmulas bien dosificadas de argumentos sofisticados, haciendo ver o entender que la historia está llena de antecedentes demostrativos de que, en definitiva, nunca pasa nada. Por último, y para rematar la suerte, se lanzan por vías de ironía a ridiculizar por timoratos recalcitrantes a cuantos seres conscientes especulan sobre una distinta perspectiva.

Es ésta una breve síntesis del procedimiento que siguen estos agentes del materialismo en su misión de «preparar» la opinión de la masa, a fin de conducirla, por vías de inconsciencia, a la postura adecuada al fin que se persigue. El fin es el siguiente: *entregar al mundo indefenso e inerme en manos materialistas del comunismo internacional*.

Esto es una denuncia clara y concisa y justifica plenamente el que, al concretar en «alguien» esta misión preparadora de desintegración y abulia social, llamemos a este alguien «traidor».

En estos momentos gravísimos de este verano de 1950, en los que por fin se desvanecen las nieblas artificiales

de tantos apaciguamientos y de tantas y tan dramáticas transigencias, es, creemos, ocasión adecuada para, *una vez más*, denunciar con todas nuestras fuerzas no sólo a los causantes directos de esta tremenda mixtificación, sino a quienes han servido a estos responsables de agentes inductores. A estos optimismos y a estos incalificables optimistas van dirigidas estas líneas, que tienen por objeto, al ponerlos en evidencia, desviar de ellos la atención de las gentes para encauzarla por otros y más razonables caminos.

Queremos no sólo enjuiciar a estas gentes del materialismo: queremos, asimismo, denunciar y poner de manifiesto en toda su extensión la tremenda sima que estos «optimistas» trataban de encubrir y que, desgraciadamente, se abre a nuestros pies.

* * *

Franklin D. Roosevelt, capitán general del optimismo, va a ser nuestro punto de partida para denunciar, con el «alguien», el «algo».

Este tremendo responsable o fautor del colapso del mundo era, y sigue siendo, una inconfundible versión del optimismo. Su sola presencia física, pese al handicap de su parálisis y aun superando esta dificultad, era, por sí sola, capaz de arrastrar a las masas. Pocas veces en la historia del mundo una sonrisa ha pesado tanto. Se habla de la belleza de Cleopatra como factor decisivo en la Historia, y, sin embargo, qué poco pesa aquella circunstancia comparada con la descomunal coyuntura que vincula, por un momento, los destinos del mundo a la sonrisa de un hombre. Jamás desde el principio de los tiempos se había acumulado tanto destino en tan limitado e intrascendente espacio. La sonrisa de Roosevelt se abría como aurora boreal de un mundo alocado que, ansioso de paz, se refugiaba en aquella sonrisa como en un signo inconfundible de esperanza. Hoy aquella sonrisa ha ido degenerando, y ante los ojos atónitos de las gentes, pendientes de ella, ha ido modificando el ángulo de su expresión para llegar, en sonrisa todavía, a convertirse en este rictus irónico con que José Stalin recoge la herencia de incautos que la sonrisa de Roosevelt le otorgaba.

En el momento de Roosevelt, como decimos antes, todo el destino del mundo coincidía en un hombre. Hoy, la circunstancia ha variado totalmente. José Stalin ha heredado, gracias a la sonrisa de Roosevelt, una parte importante del destino del mundo. Decimos más: si el mundo, inconsciente, se empeña en seguir, alucinado por el reclamo del optimismo, la sonrisa de Truman, todo el destino del mundo habrá pasado a manos de Stalin.

* * *

El optimismo es la parte más importante de la enfermedad que padecemos. El optimismo es resultante, o determinante, del «bien vivir» y, como consecuencia de esto,

es la más importante virtud materialista. Además, actúa como impulsor o de excitante de una acción inconsciente, y, desgraciadamente, hoy día ya podemos afirmar que la inconsciencia ha sido la característica fundamental de la política de estos últimos tiempos.

Inconsciencia optimista u optimismo consciente, éste es el grave dilema que el error plantea a la humanidad en estos días cruciales. Nosotros opinamos por lo segundo. Nosotros entendemos que lo que hoy día sucede en el mundo no puede atribuirse ni siquiera a un optimismo inconsciente; nosotros opinamos que la trayectoria que siguen los pueblos en este desbocado momento del mundo *es consecuencia de algo consciente y responsable, de un plan trazado, desde hace tiempo, por quienes mueven los hilos secretos de esta política tortuosa de desintegración*, y parte de esta política *es este optimismo que sirve de medio amable entre lo que se va y lo que viene*, entre Roosevelt y Stalin. A no ser que estos dos personajes sean dos versiones distintas de una misma definición. Este es un aspecto del que, D. m., nos ocuparemos en otro capítulo.

Nosotros entendemos que el optimismo no es causa, sino efecto conscientemente provocado por quienes entienden conveniente llevar adormecida la conciencia de las gentes, como anestesia necesaria a la operación que se va a realizar. Hace tiempo que sabemos esto. Durante el curso de estos años pasados entre guerras y graves trastornos, hemos seguido atentísimamente los gestos y las palabras de un sin fin de personas que, afectas o desafectas aparentemente a nuestra causa cristiana, han ido desfilando ante nosotros. Descartados por inoperantes los inconscientes endémicos que forman la gran masa neutra de los moderados, todos cuantos elementos conscientes han pasado frente a la fría especulación de nuestra visión imparcial se dividen netamente en dos campos. Los auténticamente cristianos de hondo sentido católico y occidental que, crispados por la inquietud, han vivido con los ojos fijos en las alturas, de donde viene la luz en demanda de consuelo o de esperanza, y, por otra parte, los también conscientes y más o menos cristianos que, fijos los ojos en la tierra y pendientes del bienestar y del bien vivir, o posiblemente cumpliendo consignas trazadas con pulso firme por el alguien que preside la causa del mal, han ido sembrando y predicando optimismo.

A éstos denunciaremos hoy aquí por inconscientes, o por malos. En cualquier caso, la gente debe saber que, gran parte de la responsabilidad atribuible a quienes han logrado el triste espectáculo de la indefensión del mundo, les corresponde a ellos. En estos días asistimos al triste espectáculo de las cabriolas que, en sus distintas plataformas de prensa y radio, hacen algunos de estos «optimistas», a los que calificamos de traidores, buscando «todavía» un último sofisma en el que seguir apoyando su dramática mentira. Oficiantes del mal, siguen desatentados esta inconcebible política que lleva a las sociedades cristianas al engaño de una falsa esperanza.

**En el mundo dividido en dos partes,
se prepara con medios y medidas gigantescas una lucha suprema,
como no se ha visto aún en la tierra.**

Esta guerra es doble: de las armas y de los espíritus. La primera no es sino la manifestación de esta otra lucha aún más grave, a saber la lucha de los espíritus, cuyo resultado, por lo menos en cuanto puede preverse por los hombres, determinará por largo tiempo la suerte del género humano.

Véase en las págs. 409, 410 y 411 de este mismo número: *Un juicio que nos llega de Roma sobre la presente situación del mundo.*

* * *

En un principio pensamos que gran parte de estos optimistas obraban por ineptitud. Hoy ya hemos cambiado de opinión en la mayoría de los casos. Hemos comprobado, durante el curso de una paciente observación en estos últimos veinte años, que las mismas personas que predicaban optimismo en todas las ocasiones precursoras de grave trastorno, siguen sin enmendarse predicando optimismo ahora. Meses antes de nuestra guerra civil española tuvimos ocasión de hablar con muchos de estos destacados y «liberales» positivistas. Cuando ya los síntomas gravísimos de la guerra se hacían palpables, «ellos» seguían aferrados a su sonrisa suficiente, y esgrimiendo el tranquilizador argumento de que «jamás pasa nada».

Hoy denunciarnos a estos oficiantes de la perenne sonrisa como culpables de traición, por cuanto entendemos que no es inconsciencia, sino plena consciencia, lo que les lleva a seguir devanando su invariable teoría de optimismo con el fin, como antes decimos, de servir consignas de quienes desde la sombra dirigen, mandan y pagan.

Cuando, hace seis o siete años, denunciábamos estas turbias influencias, lo hacíamos con la esperanza de que la reacción de defensa de Occidente se produciría en cualquier momento. En nuestro peor pesimismo nunca pensamos se pudiese llegar a este grado inaudito de indefensión y de abandono. Nos era imposible concebir un tal grado de ineptitud, o no habíamos llegado todavía a intuir la auténtica dimensión de la maldad. Hoy, ante la visión del desarme del mundo y ante el espectáculo de estas fronteras que se han ido cediendo, o perdiendo, no podemos menos que sentirnos abrumados. Pero hay más: a nuestro entender es menor el accidente mecánico de esta indefensión que el absoluto vacío espiritual de estas sociedades que se llaman cristianas y que no han sabido encontrar un aglutinante espiritual capaz de definir las. Es tremendo este vacío, por cuanto no puede, esta vez, ser sustituido por lo que otras veces sirvió para agrupar precipitada y naturalmente a los pueblos. El miedo de perder

posiciones o conceptos materiales no es ya suficiente reactivo. El mundo sabe ya ahora que el enemigo que tiene enfrente no es un enemigo codicioso de bienes o de prestigios. El enemigo de hoy lo quiere todo y no puede perder nada.

El enemigo no es sólo el comunismo. El comunismo es sólo parte del enemigo. Esta ley socialista sirve bien de disgregante de estas sociedades cristianas que ha costado tantos siglos articular. El comunismo es parte, pero no arte, de este movimiento de odio, que, generado posiblemente en el fondo profundo de estas simas insondables que produce la historia, viene ahora a cruzarse en el camino de Cristo y a oponerse a su ley de amor. Por esto no hay manera de entenderse, ni puede haber argumento espiritual aglutinante de unas sociedades que se niegan a sí mismas, ya que entendemos ser negación el hacer precisamente lo contrario de lo que contiene esta ley de Dios. Sin ley de amor no puede concebirse una sociedad de hombres. Sin ley de amor tampoco puede admitirse una sociedad de pueblos.

Este es el peor y más importante vacío que preside el momento de estos pueblos del mundo. Inertes materialmente por el desarme logrado bajo el signo del optimismo. Vacíos espiritualmente por falta de argumento auténtico, estos pueblos serán presa fácil para las hordas que fustiga el odio.

Perseguimos en estos escritos la finalidad de ir denunciando, implacable y pacientemente, todos los aspectos de esta enmarañada trama que ha producido la gran estrategia del mal. Hoy nos hemos detenido en el optimismo, poniendo en evidencia a los optimistas, que son las avanzadas «liberales» que preceden siempre a estos profundos movimientos. Seguiremos, Deo volente, hasta llegar al fin.

Mañana quisiéramos poder avanzar desde esta consecuencia que son los optimistas, a quienes son la causa de esta traición de lesa humanidad. Quisiéramos que Dios Nuestro Señor nos diese luz y camino para llegar hasta «Ellos».

14 de agosto de 1950.

C.

¿Quién podría orientar la opinión del mundo entero, según planes conscientes? ¿Cómo puede existir un «optimismo» traidor, dirigido a aniquilar nuestras energías cristianas? No dejarán de guiarte para la comprensión de «La traición del optimismo», la sugerencia contenida en el último párrafo del artículo del P. Ramón Orlandis S. I. «Cruzada y Anticruzada» (CRISTIANDAD, 1.º y 15 de agosto, páginas 367 y 368) y en relación con ella los documentos publicados en las páginas centrales (392 y 393), en el último de 1.º y 15 de septiembre, a propósito de unas palabras del General De Gaulle.

¡ADIVINO DE MALES!



“UN SENTIMIENTO HUMANO DE TODOS LOS TIEMPOS”

Los aqueos están frente a Troya. Apolo dispara su arco de plata. Durante nueve días vuelan por entre el ejército las mortíferas flechas del dios y numerosas piras han de arder consumiendo los cadáveres. Aquiles el fuerte, el de los pies ligeros, increpa al rey Agamenon: ¡Atrida! consultemos a un adivino y sepamos la causa de tanto mal. ¿Se ha omitido algún voto o hecatombe que se le debía?

Interpelado Calcas, el insigne vate, responde:

—“No está el dios quejoso por algún voto o sacrificio omitido, sino a causa del ultraje que Agamenon ha inferido a su sacerdote, negándose a devolverle su hija y aceptar el rescate. Por esto el Arquero os causa tantos males y os causará más todavía. Y no libraré a los danaos del ultrajante azote hasta que sea restituida a su padre, sin trato ni rescate, la doncella de ojos bri-

llantes, e inmolada en Crisa una sacra hecatombe. Sólo entonces podremos aplacarle y convencerle.

”Dijo; y se sentó. Levantóse al punto el poderoso héroe Agamenón Atrida, afligido, con las entrañas llenas de profunda cólera y los ojos semejantes al deslumbrante fuego, y dirigiendo a Calcas una mirada sombría, exclamó:

”—¡Adivino de males! Jamás me has anunciado nada grato. Siempre tu corazón se complace profetizando desgracias; nunca anunciaste ni atrajiste felicidad alguna. Y ahora aún, vaticinando en nombre de los dioses ante los danaos, afirmas que si el Arquero les envía calamidades es porque yo no quise admitir el espléndido rescate de la joven Criseida, a quien deseo guardar.”

(Del Canto 1.º de la «Iliada».)

**Esta guerra espiritual no es en sí misma algo nuevo.
Empezó con el primer pecado.**

Pero son nuevas la extensión, los métodos y las condiciones de esta lucha. Después de la gran opostasía del género humano, realizada durante los últimos siglos, laicizada toda la vida pública y privada, parece ya posible que el poder de las tinieblas, intente el ataque supremo contra todos los valores espirituales, en primer lugar contra la religión y la Iglesia de Cristo.

Véase en las páginas 409, 410 y 411 de este mismo número: *Un juicio que nos llega de Roma sobre la presente situación del mundo.*

ESCUCHAD LA VOZ

Franz Werfel, el escritor judío, transmite a nuestro tiempo el mensaje del profeta Jeremías

A raíz de la aparición de una novela, sobre la que se compuso un célebre film: «La canción de Bernadette», se extendió el rumor de la conversión al catolicismo de su autor, *Franz Werfel*; él mismo cuidó de desmentirlo.

La inaudita y misteriosa tragedia espiritual de su autor se resume en estos rasgos (*Cahiers sionniens*, 1.º de mayo de 1947). Llegó a mirar a Jesús de Nazareth como al Mesías, y a considerar las pruebas seculares de los judíos como el justo castigo que deben sufrir en expiación de haber negado y condenado a Cristo; afirmó que al fin de los tiempos Israel reconocerá a Jesús de Nazareth como al Mesías; proclamó además que el Cristianismo, principalmente el Catolicismo, es la única fórmula de salvación para la humanidad... pero vivió y murió judío, sin convertirse a la religión del verdadero Mesías.

Esta extraña conducta sólo puede intentar explicarse por sus ideas «*Sobre Cristo e Israel*», que expuso en una de sus últimas obras: «Israel ha sido desde un principio condenado por Dios a rechazar a Dios mismo para que el mundo pudiese ser salvo». Dios ha predestinado a Israel a ser no sólo el pueblo del Mesías sino su antagonista; mediante su culpable crimen debía rechazar a Cristo para que se produjera la Redención.

Hasta que se cumpla el tiempo en que deberá rendir a Jesús su homenaje colectivo de fe y amor, debe Israel expiar su delito. Un judío no puede, según *Werfel*, evadirse a esta herencia abrumadora, pero sagrada. Ni la fe ni el bautismo podrían conseguirlo.

Hemos creído interesante que un escritor tan trágicamente representativo del problema religioso de Israel nos presente al Profeta que amenazaba con el castigo divino al pueblo de Dios en vísperas de ser arruinado por los babilonios, y le invitaba a la conversión a Dios. Y que en medio ya de la desgracia le consolaba con el anuncio de la futura misericordia.

«Y PRETENDEN CURAR EL DESASTRE DE MI PUEBLO LIVIANAMENTE DICIENDO: PAZ, PAZ, CUANDO NO HAY PAZ»

(Ier. VIII, 11)

«Así afirma Iahveh de los ejércitos:

«No escuchéis las palabras de los profetas,

«que os vaticinan, que os engañan.

«Dicen a quienes desprecian la palabra de Iahveh: ¡Tendréis paz!

«Y a quienes siguen la obstinación de su corazón

«afirman: ¡No os sobrevendrá mal alguno!

(Ier. XXIII, 16-17.)

El Sábado estival había atraído hacia el Templo a una muchedumbre de gentes de Jerusalén y de las otras ciudades de Judá. Reinaba una frescura agradable, pues el sol estaba cubierto de nubes. Sólo una pequeña parte de los peregrinos había conseguido penetrar en el atrio interior de los sacerdotes para tomar parte en el holocausto. La gran mayoría de los hombres apretujábase, como siempre, en el atrio anterior, en dos corrientes humanas que se movían en sentidos contrarios. Ambas corrientes parecían henchidas de la alegría de la fiesta. Escuchábase risas, bromas, alabanzas y cantos. Aunque pesaran sobre Jerusalén la fuerza, la violencia y la opresión, ¿quién las notaba? Sólo los renuentes, los solitarios, los preocupados, los de espíritu inquieto, contra quienes se dirigían la fuerza, la violencia y la opresión.

Sea como fuere que hubiese advenido Joacim al trono, el Señor bendecía su época. Desde hacía cinco años se sobrepujaban las cosechas en abundancia; a su debido tiempo, con extremado celo y diligencia, alumbró el sol, y las lluvias regaron las sementeras, como si el Señor no

tolerara negligencias en perjuicio de ese reinado. Los cereales para el pan, el forraje para las bestias, el cáñamo y el lino, el vino y el aceite amontonábanse en las proveedurías. Nadie guardaba rencor a Joacim por las dos grandes contribuciones impuestas al pueblo; había que cargarlas, en realidad, a las deudas contraídas por su padre. Y a lo que concernía a los palacios de lujo delirante que el rey edificaba para sí fuera de la ciudad, lejos del viejo castillo real que ya no juzgaba bastante bueno y que no le bastaba, ellos no hacían sino aumentar el insensato orgullo del pueblo. Especialmente el Palacio de Verano, situado sobre la airosa altura del Monte de los Olivos, pasaba por ser una verdadera maravilla con sus cien salas, salones y aposentos. La juventud de Judá estaba como enloquecida por tamaño esplendor, que dejaba en la sombra a los grandes reyes de Babel y Noph.

Cuando salió hacia el extenso atrio exterior, Jeremías, deprimido, percibió de nuevo la aguijada vanidad del pueblo. Era la misma hora peligrosa de la víspera, antes del mediodía. Inmediatamente lo rodeó el gentío en compacta

NOTA.—Los textos de *Werfel* son dos fragmentos de la novela titulada «ESCUCHAD LA VOZ». El primero de ellos se refiere a los últimos años del siglo VII antes de Jesucristo, durante el reinado de Joacim, quien había subido al trono, por el apoyo de Egipto, y gracias a haber traicionado a su propio padre Josías. Ocurren los hechos por tanto pocos años antes de la entrada de los babilonios en Jerusalén y cercana ya su destrucción por Nabucodonosor en el año 586.

Los hechos a que alude la segunda escena sucedieron hacia el año 598, cuando ya los babilonios estaban a las puertas de Jerusalén.

masa. A causa de sus fuerzas debilitadas, no pudo librarse. La corriente humana arrastrólo consigo. En sus oídos zumbaba la cháchara mundana e insulsa; giraba alrededor de los productos, las utilidades, los rendimientos y las pérdidas; de la casa, el corral y la granja; de los padres y los hijos; de animales paridos y animales muertos. *El santo Templo era un mercado, una feria de trivialidades. De cada mil personas, apenas una era capaz de elevar su espíritu, por encima de las pequeñeces y necesidades cotidianas, hacia el Creador y su universo.*

Jeremías tenía un solo propósito: huir, escapar pronto de allí. Ya no estaba en su lugar. Sucediera lo que sucediera, en adelante su boca quedaría sellada, como Ahicam se lo exigió, como él prometió y se juró cumplir. Mas no fué fácil la huída para sus miembros doloridos. La corriente humana del Sábado renovaba los remolinos. Lo aprisionaban apretados nudos y estancamientos. Cumplido el último holocausto de la mañana, los peregrinos pugnaban por pasar del atrio de los sacerdotes, donde habían ofrendado, al atrio exterior. Pero el estancamiento y la aglomeración eran más compactos delante de los púlpitos. Ese Sábado se profetizaba desde ellos al pueblo, que no siempre acudía en peregrinación en número tal. El apretujado Jeremías se vió obligado a escuchar un sermón, exactamente delante del púlpito de su primer escándalo. Lo ocupaba uno de los profetas en boga, que hacía resonar por encima del atrio su apasionada voz, prediciendo únicamente gracias y favores divinos. Ese frecuentador de Dios llevaba la capa peluda, barbudo, trasojado, desaseado y andrajoso. Por así decirlo, echaba el humo de las profecías por todos los poros de su desaliñado cuerpo. Comparado con él, era Jeremías bien atusado, pulcro, delicado, regalado y casi cortesano. Aquél, haciendo gala de extremada voluptuosidad, parecía querer traducir el arcano interior de su elección y profesión de profeta con el descuido y el desaseo exteriores.

Lo increíble de todo ello residía en que ni siquiera se tomaba el trabajo de simular o fingir que había recibido cuchicheos del Señor; profetizaba palmaria y descaradamente en su propio nombre. *Enunciaba el estribillo del día: la grandeza de Joacim y la resurgida grandeza de Israel, engañosa y falaz canción que cegaba y ensordecía al pueblo, embriagándolo y precipitándolo en la ruina y en la perdición.* Bajo los ojos del custodio del Umbral, de sus corregidores y de los meneadores de correas; delante de los oídos de las veinticuatro sagradas jerarquías de sacerdotes y de todos los maestros-escritas y doctores eruditos, quedaban impunes el descaro y la impudencia de esa arena que osaba la más monstruosa y sacrilega blasfemia.

Jeremías sentía cómo el furor y el odio le atenazaban la garganta; ese peludo y empedernido pillito tergiversaba el sentido del mundo. Hacía como si no fuera el Señor quien elevaba a Israel, sino Israel al Señor. *«Por la grandeza de Judá —gritó desaforadamente entre la maraña selvática de su barba—, se agigantará Jehová entre los dioses*



de las naciones.» Más poderosa y más populosa que Noph y Babel tenía que llegar a ser Jerusalén. ¡Sólo entonces sería el Señor un poderoso, sólo entonces un verdadero, unido y único Dios!...

En Jeremías se levantaba una voz suplicante: «¡No escuches lo que dice! ¡Cierra tus ojos y tus oídos! ¡Calla! ¡No repliques!» Frenético, pensó en su humillación y su afrenta. Pensó en las advertencias de Hananías y de Ahicam, y en su promesa. ¡Que el Señor tuviera compasión y miramientos con él, y no lo venciera! ¡Ay! Si lo necesitaba, ¡cuán inaccesible y alejado estaba! Mas si no lo necesitaba estaba cerca, como detrás de una pared de papiro. Si a través de su voz de profeta la Voz resonaba tan sólo una vez en ese lugar, entonces estaría perdido.

El profeta de la gracia y de la felicidad empinó su desaliñada insignificancia sobre la punta de los pies. Movía violentamente los brazos cubiertos por la capa, semejantes a un par de alas, mientras bramaba:

—¡Templo de Jehová! ¡Templo de Jehová! ¡Templo de Jehová! ¡Cuando Judá sea grande y poderosa, edificará un nuevo Templo de Jehová mayor que todos los Templos del mundo!

Embriagado por su proclamación, pataleó sobre el púlpito como si verdaderamente estuviera embriagado por Adonái y no por un absurdo y humano delirio de grandezas. Sus palabras se atropellaban:

—Por eso exclamo yo: ¡Salve el gran Templo del Señor! Por eso exclamo yo: ¡Salve el rey que engrandece a Jerusalén! ¡Salve! ¡Salve!

La multitud enfrentó de golpe a Jeremías, de cuya boca brotaba incesante, con aquella Voz que apagaba todo otro sonido, una palabra: «¿Salve?»

Un expectante vacío rodeó la potencia de esa Voz. Jeremías había sucumbido al Señor. Había olvidado todas las

Que la victoria de las potencias democráticas sería la victoria de los valores espirituales, apenas puede sostenerse.

Pues de hecho la afinidad ideológica entre los dos campos en lucha es mucho mayor que lo que se cree por muchos.

Quebrantado el poder material físico y militar del comunismo de ningún modo se puede decir que habría sido vencida su ideología. Pues la mayor parte del mundo permanece imbuída de los principios ideológicos, que han sido la causa de las calamidades presentes.

Véase en las págs. 409, 410 y 411 de este mismo número: *Un juicio que nos llega de Roma sobre la presente situación del mundo.*

advertencias, las exhortaciones, las prevenciones, las promesas y lo que él mismo se jurara mantener con firmeza. Quebrantada estaba su resistencia. Con creciente sarcasmo hacia restallar, cual latigazos, por encima de las cabezas, el grito de «¿Salve?» El peludo recogió, malhumorado, su capa alrededor de su cuerpo y blandió el puño contra el perturbador. Este planteaba, inexorable, su pregunta:

—¡SALVE! ¡SALVE! ¿SON ÉSAS LAS ARTES CON QUE CURÁIS LA HERIDA DE MI PUEBLO?...

Los reunidos escuchaban con timidez. Jeremías remedaba ahora la graznadora palabra del de la barba enmarañada:

—¡TEMPLO DE JEHOVÁ! ¡TEMPLO DE JEHOVÁ! ¡TEMPLO DE JEHOVÁ!

Y luego marcó las sílabas, audibles hasta en el atrio de la guardia del castillo real:

—ASÍ HA DICHO JEHOVÁ: SI NO ME OYEREIS PARA ANDAR EN MI LEY, LA CUAL DI DELANTE DE VOSOTROS, YO PONDRÉ ESTA CASA COMO SILO, Y DARÉ ESTA CIUDAD EN MALDICIÓN A TODAS LAS GENTES DE LA TIERRA.

A sus inconcebibles palabras siguió un breve y conturbado silencio. Le sucedió un estallido mortífero y asesino de tal magnitud, que, por un tris, habría llegado demasia-

do tarde para el detractor todo otro tribunal de justicia. Jeremías fué derribado en tierra, golpeado en el rostro, pisoteado. Mas el Señor pareció ayudarlo a sobrellevar ese instante crucial, haciendo su cuerpo invulnerable e insensible su alma. No sentía los anteriores ni los nuevos malos tratamientos. Flotaba en un frío y lúcido estado de pensativa curiosidad, metamorfoseábase en desinteresado testigo presencial. Encontrábase como al lado de sí, fuera de sí. El ovillo cuyo centro formaba, le atornillaba emitiendo gritos agudos. A este ovillo apretábalo, a su vez, la gran multitud alborotada. Cundían palabras infamantes que exigían su muerte. En los ojos de los hombres, además, chisporroteaba, junto al odio, una inmensa satisfacción; un grosero desorden animaba la sosa uniformidad del aburrido paseo sabático. De los pórticos salieron corriendo hacia el atrio exterior los corregidores del Templo que estaban de servicio. Siguiéronles los meneadores de correas, abriéndose paso a golpes y empujones entre la multitud aglomerada. Jeremías fué levantado y arrastrado hacia la parte sur del Templo, entre una enorme batahola de gritos e insultos que llenaba su oído indiferente a modo de lejano rugido de huracán.

(Del capítulo 19 de *Escuchad la Voz*)

«DIOS EDIFICA CUANDO DESTRUYE»

Mezclado entre el paisanaje que se lamentaba clamoroso y afluí a la ciudad de las poblaciones y lugares circunvecinos por la puerta Ephraim, también penetró Jeremías en ella. Sólo permanecían abiertas tres o cuatro puertas de acceso. Las otras estaban barreteadas; sus torres y baluartes veíanse guarnecidos de tropas para la defensa. Pálidos y afligidos miraban hacia abajo los guardias y centinelas desde las almenas. Ni la más alegre simulación, ni la más enérgica y medular arenga de sus jefes podía engañarlos de que la situación de Jerusalén no era mortalmente grave.

Las patrullas de reconocimiento de los babilonios habían cumplido su deber en forma, impidiendo desde un principio todo preparativo de resistencia en las ciudades de Judá. Ese día las vanguardias de las fuerzas escogidas de Marduk alcanzaron las alturas de Sion y ocuparon sus posiciones, describiendo un vasto semicírculo alrededor de la ciudad. La Casa de Verano y el *mastaba* de Joacim —construcciones erigidas a la felonía— fueron sus primeras víctimas. Los policromos aposentos de lujo deslumbrador, atestados de elegantes y graciosas preciosidades del Egipto y llenos de los fragantes aromas de Arabia, viéronse desnudos y pelados, en el espacio de una hora, como la osamenta de un caballo muerto en el desierto.

En la Sala de Verano del Tribunal y en el propio mausoleo de Joacim piafaban los corceles de los *tartan* y *rhab-saquim*, atados a herrumbrosas argollas clavadas en el revestimiento de cedro. Los peones caballerizos, por su parte, levantaban con picos la madera de sándalo del piso, para tener con qué prender el fuego alimentado con estiércol seco. Los vecinos de Jerusalén consolábanse sin lágrimas por la ruina y destrucción de tamaño esplendor. Pero su corazón cesaba de latir cuando comprobaban que el cordón caldeo que los ahogaría iba estrechándose cada vez más. Con gran estruendo, bajaban ya al valle del Cedrón las yuntas de bueyes que tiraban de las máquinas de guerra de Nabucodonosor para sitiar plazas. En medio de una batahola de regaños, de golpes de hacha y martillos, se colocaban y armaban frente al Templo filas enteras de toscas y gigantescas catapultas, de ballestas de torno, balistas de hierro, torres y escaleras de asalto. Rabiosos, los

guardias-cuerpo miraban fijamente desde las torres hacia abajo, mas no recibían ninguna orden real de turbar o anular esos preparativos.

La multitud, entre la cual se hallaba encerrado Jeremías, pujaba irresistiblemente hacia arriba, hasta el Templo. Las callejas y callejuelas de la ciudad alta y baja estaban atestadas a reventar de fugitivos, de gentes recién llegadas y carentes de techo y abrigo, que, apoyadas contra los muros de las casas, dormían acompañadas de sus parientes, comían, disputaban y levantaban quejas desesperadas. El pueblo de Jerusalén se había triplicado en pocos días. Los alcaldes de la ciudad mesábanse los cabellos y las barbas: no lograron introducir más granos y animales que los que alcanzarían para un mes. Para el caso de extrema necesidad, habría que apelar a las últimas existencias de las reservas de guerra, almacenadas en depósitos fortificados del castillo de David.

La ola humana que rodaba a través de las galerías, formada por macilentos seres que carecían de techo donde guarecerse, levantaba una alta marejada de encono e irritación. ¿Dónde estaban las promesas de Joacim, ese fanfarrón cuyas palabras caían como latigazos sobre las muchedumbres? ¡Verdaderamente! ¡El flaco y reseco histrión había hecho grande y populosa a Jerusalén entre las naciones! ¡El Señor lo golpeaba como a un tábano molesto y zumbador! Mas, ¡ay! Cuando el golpe del Señor alcanzaba, golpeaba a su pueblo entero. ¡Ya no era posible salvar al pueblo del Señor! Pero los dominadores, los opresores, los expoliadores y explotadores, los chucheros entrapadores habíanse salvado a tiempo. Mesullam el tesoro habíase fugado a Noph con su vaporosa barba ondeada y las contribuciones del pueblo, con las cuales podría vivir y sostenerse con no menor dignidad y decoro que el más acaudalado consejero íntimo de Faraón. ¿Y qué valía que Elnathán se hubiese retirado al desierto con un puñado de valientes a fin de esperar un momento oportuno? Ese momento no llegaba. ¿Dónde estaba el rey? ¿Por qué no se mostraba a su pueblo? ¿Soterrábase, en estos días del pago, detrás de sus guardias de la Casa de Salomón, que en otro tiempo era demasiado mala para su soberbia?

Renovadamente se elevaban en la muchedumbre los

mismos interrogantes rencorosos. Jeremías vió hombres maduros que desgarraban sus ropas y lloraban como niños por el rey Josías, al que de repente llamaban «único» y «santo». Para su enorme asombro, llególe también a menudo el nombre de Urias y el suyo propio a los oídos. «¡Sí; Urias y Jeremías habían anunciado la verdad!», exclamaban muchos ahora. Pero los jactanciosos dominadores habían impedido que el pueblo de Jerusalén, piadosamente dispuesto, prestara oídos a los profetas que predicaban la enmienda y la expiación para evitar calamidades.

El asombro de Jeremías creció considerablemente cuando, en medio de la muchedumbre, fué empujado por una de las puertas del Templo, viendo ante sí el atrio exterior. Allí no faltaba ninguno de los predicadores de gracias y felicidades sobre los púlpitos; tampoco faltaba su enemigo, el «peludo» de la encrespada y selvática barba. Verdad es que en esa hora su boca profetizaba todo menos la gracia y la felicidad.

El templo se agitaba como un buque de vela durante un huracán. Las veinticuatro jerarquías sacerdotales en pleno se hallaban a bordo para impedir y prevenir el naufragio. Continuamente, día y noche sin interrupción, humeaba el holocausto sobre el altar. Entre las columnas Boaz y Jachin cantaban los niños de Asaph, sin descansar ni una hora, los salmos de penitencia y contrición en nombre de todo el pueblo. Lo que en otro caso sólo podía hacerse el día del Perdón, había osado hacerlo el gran sacerdote ante la aproximación de los babilonios: penetró en el Santuario y pronunció en las profundas tinieblas de la antecreación el verdadero nombre de Dios.

Las guardias de meneadores de correas mantenían severamente clausuradas las entradas al atrio interior de los sacerdotes; no dejaban entrar a nadie cuya dignidad y pureza fuesen en lo más mínimo dudosas. En el atrio exterior se aglomeraba y detenía el tropel. De vez en cuando cedía a una presión, moviéndose como una compacta masa hacia uno u otro lado. Mientras la multitud estaba de tal suerte amurallada haciendo peligrar su vida en los asfixiantes apretujones, desde todos los púlpitos resonaban sobre el atrio exterior las voces aulladoras de los «peludos». Había algo despiadado y cruel en la obstinación de su consuelo. Y despiadada era también su palabra. Ellos, que en días felices lisonjearan y adularan a la hija de Sion, ensalzando y glorificando su porvenir, ahora, que había llegado a producirse lo contrario, no se saciaban de filípicas, sermones y vituperios. Y esos perseguidores y aborrecedores de Jeremías iban tan lejos que, sin saberlo ni percatarse, robaban las palabras que el Señor le comunicara a él. Las tenían en su boca y las proclamaban como cuchicheos propios. El profeta pensó que esos «peludos» envueltos en sus capas eran peores que impostores ladinos y bribones; eran como carrizos secos movidos por el viento. De todos lados llegaban las inspiraciones propias a sus oídos:

«¿Por qué habló Jehová sobre nosotros todo este mal tan grande, preguntáis vosotros? Porque vuestros padres



me dejaron, dice Jehová. Y vosotros habéis hecho peor que vuestros padres; porque he aquí que vosotros camináis cada uno tras la imaginación de su malvado corazón, no oyéndome a mí. Por tanto, yo os haré echar de esta tierra a tierra que ni vosotros ni vuestros padres habéis conocido y allí serviréis a dioses ajenos de día y de noche; porque no os mostraré clemencia.»

En ese estilo sonaban las admoniciones con que golpeaban y castigaban los crueles a la indefensa masa del pueblo. El alma de Jeremías se sublevó. Esas gentes no sabían lo que él sabía. Mas, qué crueldad había en el hecho de que sus palabras hurgaran justamente ahora en la destrucción; ahora que ésta era visible y perceptible ante las puertas de Jerusalén y que nada podía apartarla sino la oculta y misteriosa decisión del Señor, cuyo presentimiento cuidaba Jeremías como se cuida del viento una tenue y débil lamita.

Lo asaltó la compasión hacia los hombres y mujeres mortalmente pálidos que lo rodeaban. Respiraban con dificultad y prorrumpían, de tarde en tarde, en sordos lamentos de angustia. Pero como el martillar, el voceo y la bulla de los «peludos» convertidos iba en aumento, suscitaban en Jeremías compasión e ira. Decidió poner fin a esa opresión. Hinchó su pecho de aire, se hizo un pequeño lugar a fuerza de codos y levantó su voz a la potencia máxima. Las palabras que gritó a los amonestadores y reñidores sobre los púlpitos eran las mismas de Isaías:

«CONSOLAOS, CONSOLAOS, PUEBLO MÍO...»

Agitadora como siempre era esa voz, aunque su mística y oscura fuerza pronunciara sólo cuatro palabras. Cientos de cabezas volviéronse al punto hacia el dueño de

Una lucha espiritual debe hacerse con armas espirituales.

Por ello el deber urgentísimo que incumbe hoy a todos los cristianos, en primer lugar a la verdadera Iglesia de Cristo es éste: el de trabajar para la conversión del mundo.

Deber gravísimo, tan grande que no puede en modo alguno ser cumplido por nosotros.

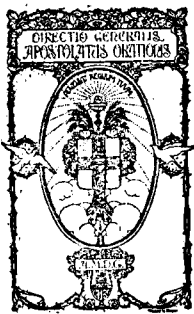
Véase en las págs. 409, 410 y 411 de este mismo número: *Un Juicio que nos llega de Roma sobre la presente situación del mundo.*

esa voz, que había encontrado la única y verdadera advertencia. De estos cientos, únicamente seis o siete reconocieron al profeta cuya profecía cumplida iba rodeando cada vez más a la ciudad. El grito «¡Jeremías!» serpenteaba entre la multitud. Paulatinamente fué haciéndose fuerte, hasta adquirir la fuerza de un huracán. Nunca sospechó Jeremías que los sonidos que componían su nombre —*Dios edifica cuando destruye*— brotarían una vez con tan ferviente esperanza y con tan ardiente fe de incontables labios, vehículo de corazones atribulados. El maltratado, el perseguido, el hombre de la mofa y la rechifla, transformábase en el fuerte mástil al que todos los náufragos se aferraban. La breve hora del amor, de la celebridad y de la gloria habían llegado para él, mas sólo le llevaba opresión y congoja. La multitud, en tanto, habíale levantado

sobre sus hombros para que opusiera su palabra cierta a los predicadores. Mientras se cernía sobre las cabezas de miles de individuos que, cual niños desfallecientes de sed, levantaban sus miradas esperanzadas hacia él, oprimiósele la garganta y se transformó. Ya no sentía su propia vida; el soplo de Adonai florecía en su interior. Y *Jeremías consoló a su pueblo*:

«AUN TE EDIFICARÉ Y SERÁS EDIFICADA, OH VIRGEN DE ISRAEL: TODAVÍA SERÁS ADORNADA CON TUS PANDEROS Y SALDRÁS EN CORRO DE DANZANTES. AUN PLANTARÁS VIÑAS EN LOS MONTES DE SAMARIA: PLANTARÁN LOS PLANTADORES, Y HARÁN COMÚN USO DE ELLAS. REGOCIJAOS EN JACOB CON ALEGRÍA Y DAD VOCES DE JÚBILO A LA CABEZA DE LAS GENTES; HACED OÍR, ALABAD, Y DECID: OH, JEHOVÁ, SALVA A TU PUEBLO, EL RESTO DE ISRAEL.»

(Del capítulo 23 de *Escuchad la Voz*)



Por las obras de caridad en pro de los humildes e indigentes

(Intención del Apostolado de la Oración para el mes de octubre de 1950).

I. *Algunos principios de gran importancia acerca de la caridad activa* extraídos de las Cartas Encíclicas «*Quadragesimo Anno*» y «*Divini Redemptoris*».

a) De la «*Quadragesimo Anno*»:

A fin de que los ricos y algunas personas importantes muden su negligencia para con los más pobres en solícita y activa dilección, téngase muy en cuenta este principio: «Ni se dejan sus bienes al omnímodo arbitrio del hombre; conviene a saber: aquellos bienes de los cuales no necesita para sustentar su vida convenientemente y con decoro; es más: con clarísimas palabras, asiduamente declaran la Sagrada Escritura y los Santos Padres de la Iglesia que están los ricos obligados con gravísimo precepto a ejercer la limosna, la beneficencia, la magnanimidad». Pero obran con falsedad aquellos que «quieren confiar a sola la caridad el cuidado de aliviar las miserias, como si la caridad tuviese que disimular la violación de la justicia, tolerada, y sancionada incluso a veces por los legisladores».

Por desgracia hay católicos que casi no se acuerdan de aquella sublime ley de justicia y caridad, por la cual no sólo estamos obligados a dar a cada uno lo suyo, mas a socorrer a los hermanos necesitados como al propio Cristo Señor.

«Cuán grande engaño el de aquellos incautos reformadores que procurando únicamente la guarda de la justicia conmutativa, rechazan con soberbia el auxilio de la caridad. Ciertamente la caridad no puede sustituir como vicaria a la justicia debida obligatoria, denegada inicua y cruelmente. Pero aun cuando, por una suposición, cada hombre alcanzare todo lo que le es debido, siempre se abrirá a la caridad amplísimo campo: como quiera que la sola justicia, incluso presentada con toda fidelidad, podrá remover las causas de las luchas sociales, nunca unir los corazones y alcanzar las almas.

b) De la «*Divini Redemptoris*»:

«Es de la mayor trascendencia para remediar los males el precepto de la caridad. Y al decir esto tenemos en nuestra mente aquella caridad cristiana «paciente y benigna» que aparta de sí toda jactancia y toda especie de tutela que deprima al prójimo... Por lo cual damos las máximas gracias a todos aquellos que entregados a las obras de beneficencia, ora por medio de las conferencias de San Vicente, ora por otros institutos más modernos, prestan auxilio a las necesidades comunes, se entregan con misericordia a los cuerpos y a las almas».

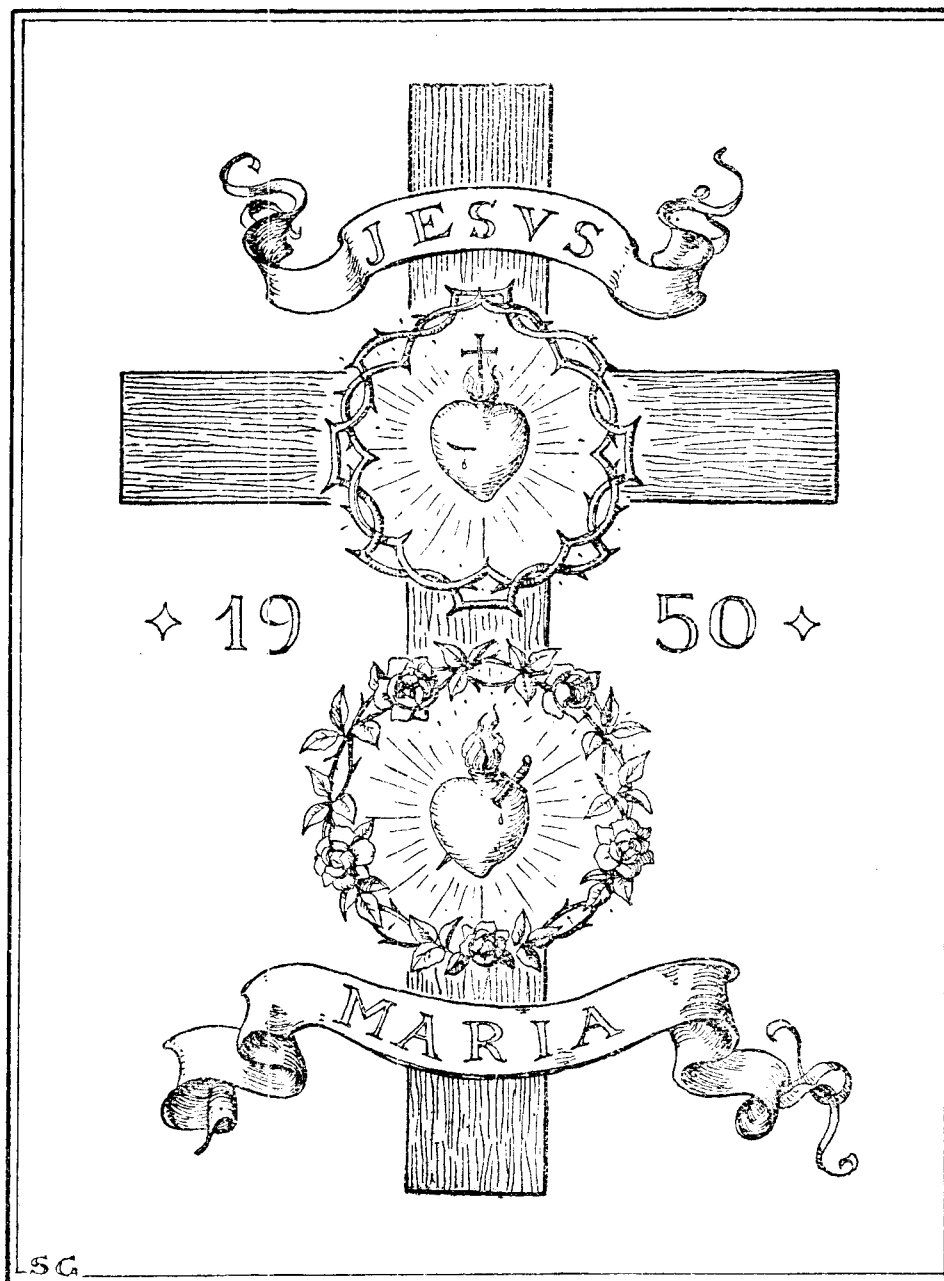
He aquí unas palabras de gran momento: «Pero no puede gloriarse la Caridad de tal nombre si no se basa en razones de justicia, según la sentencia del Apóstol: Quien ama al prójimo cumple la ley... Según el Apóstol todas las obligaciones, aquellas incluso a que nos obliga estricto derecho, se reducen en verdad al único precepto de la caridad». Y no es ciertamente equitativo recibir como caridad lo que se debe a título de justicia. «Y a nadie le está permitido llegar hasta el extremo de eximirse de lo debido en justicia, substituyéndolo por unos mezquinos dones de misericordia».

Por lo demás siempre debemos tener ante los ojos este principio: el Creador de todas las cosas creó todo lo bueno para el bien de todos.

II. *Obras de caridad y misericordia.*—Hay en todas las regiones cristianas asociaciones, obras de caridad, que procuran suavizar las miserias de los humildes e indigentes. Llevados del espíritu de caridad cristiana, no por deseo de lucro o de alabanza, ayudan cuanto pueden a los pobres. Algunas de estas asociaciones no restringen su obra a los indigentes de su nación sino que imitando al samaritano evangélico, acuden generosos a curar las múltiples heridas que por toda la tierra ha sembrado la inhumana guerra pasada. Tal es la «*National Catholic Welfare Conference*» en los EE. UU.

Se cuentan entre las tristes secuelas de la guerra, y gr., el número no exiguo de prófugos, arrancados de sus hogares, en Europa y Asia, a los cuales hay que prestar auxilio y para los que hay que encontrar una nueva patria; no pocos permanecen detenidos todavía en la cárcel por causas políticas; ja quién no moverán los innúmeros ejércitos de inocentes niños, que privados de sus padres, y sin ninguna ayuda ni auxilio, llevan una vida deplorable y parecen expiar las penas de la iniquidad ajena!

Oremos, pues, para que crezcan y florezcan las obras de beneficencia y caridad.



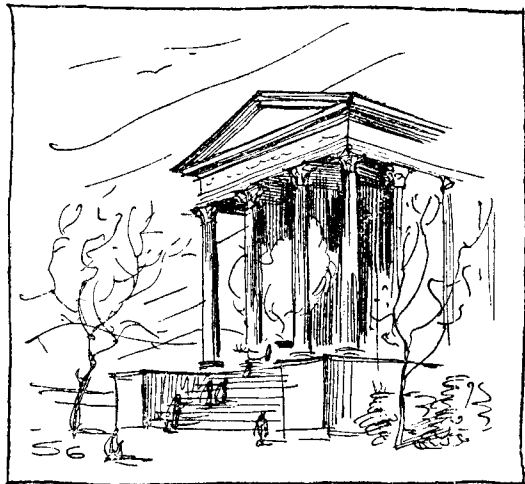
El gran medio que nos ha sido dado por Cristo nuestro señor y por su Iglesia, para la salvación del mundo, es la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús.

La Iglesia ha exhortado una y otra vez a los fieles a que implorasen y hallasen la misericordia y el auxilio en el amor de este Corazón.

Por esto el Apostolado de la Oración ha promovido esta Cruzada de Oración y Penitencia, para invitar con esfuerzo extraordinario y llevar a los fieles a buscar la salvación en esta fuente de amor y de misericordia.

Véase en las págs. 409, 410 y 411 de este mismo número: *Un juicio que nos llega de Roma sobre la presente situación del mundo.*

UNA LARGA PAZ PUSO EN PELIGRO LA FE



LA VOZ DE SAN CIPRIANO A LOS CRISTIANOS DEL SIGLO III

I LA CAÍDA

¡Cuántos llegaron a procurar que no se difiriese su caída!

El Decreto de persecución dado por Decio les cogió desprevenidos. No se hallaban «preparados» para la lucha; y así la apostasía superó en mucho la esperanza de los paganos.

«No esperan, dice San Cipriano, ser presos para negar después de interrogados. Muchos, vencidos antes de la batalla, postrados antes de obligarles a ello, ni el honor de parecer obligados a sacrificar a los ídolos quisieron guardarse. Corren al Foro, se acercan espontáneamente a la ruina, como si ya de tiempo la desearan, como si consiguiesen por fin la ocasión tan ansiada. ¡Cuántos fueron despedidos de allí al acercarse la noche! ¡Cuántos llegaron a rogar que no se difiriese su caída! (...)

»Y para muchos ni su misma ruina fué suficiente. Con las exhortaciones mutuas el pueblo fué empujado a la ruina; fué esparcida entre ellos la muerte en mortífera bebida; y para que nada faltase al cúmulo de crímenes, los mismos niños, llevados o arrastrados de la mano de sus padres, perdieron siendo párvulos lo que inmediatamente después del nacimiento habían conseguido» (San Cipriano. - De Lapsis, VIII-IX).

II SUS CAUSAS

La traición de una larga paz

Los cristianos primitivos vivían siempre en una santa tensión que consideraban indispensable como «preparación» para el martirio. A los cristianos africanos les parecía, sin embargo, que la paz de que gozaban había ahuyentado para siempre el peligro de las persecuciones. No sólo ya no se «preparaban» para un martirio que no creían probable, sino que, como es natural

en el hombre, siguiendo por ese camino de la «distensión» llegaron fácilmente a la «relajación».

«El Señor quiso probar a su familia —nos dice el Santo Obispo cartaginés—; y pues una larga paz había corrompido la disciplina que se nos había confiado, la censura divina levantó nuestra yacente y casi, por así decirlo, muerta fe» (De Lapsis, V).

«Se desvivían por acrecentar cada uno su propio patrimonio, y olvidando lo que bajo los Apóstoles hacían los creyentes o lo que siempre deben hacer, velaban, en el ardor de su deseo, por medrar en sus riquezas. No había religión devota en los sacerdotes ni fe íntegra en los ministros, ni misericordia en las obras, ni disciplina en las costumbres. Afeitada barba, los varones; las mujeres, acicalado cuerpo, ojos adulterados después de salir de la mano de Dios, cabellos teñidos con engaño. Fraudes apasionados para engañar los corazones simples; astutas amistades para acechar a los hermanos. Se juntan a los infieles con el vínculo del matrimonio y prostituyen a los gentiles los miembros de Cristo. No sólo juran temerariamente, sino que perjuran incluso. Condenan a los superiores con soberbia hinchazón; se maldicen a sí mismos con venenosa lengua; disienten entre sí por pertinaces odios. Muchos obispos que deberían ser exhortación y ejemplo para los demás, abandonando el divino ministerio, se hacen procuradores de cosas seculares; dejada la cátedra, abandonado el pueblo, van errantes por provincias extrañas buscando lucrativo comercio. Y mientras padecen hambre los hermanos en la Iglesia, ellos quieren tener dinero en abundancia, apoderarse de los fundos con insidiosos fraudes y medrar en su capital con multiplicadas usuras» (De Lapsis, VI).

III LA INFLUENCIA DE UN SANTO

Se hallaba en lo más crudo de la persecución de Decio cuando San Cipriano dirigió a su clero la carta de donde extractamos los siguientes párrafos:

Es preciso gemir con lágrimas para aplacar a Dios

«Aun cuando sé, hermanos carísimos, que por el temor que todos debemos tener a Dios, también vosotros os dedicáis ahí con insistencia a las continuas oraciones y preces diligentes, sin embargo también yo quiero amonestar personalmente a vuestra religiosa solicitud que es preciso gemir, no ya con sola la voz, sino también con lágrimas y toda suerte de ruegos para aplacar a Dios y hacérsenoslo propicio. *Pues hemos de tener entendido y confesar que la turbia tormentada de esta persecución que ha devastado en su mayor parte nuestro rebaño y continúa devastándolo, ha venido como consecuencia de nuestros pecados*, en tanto que no seguimos los caminos del Señor y no observamos los celestiales preceptos, que nos fueron dados para nuestra salvación (...).

Pidamos y lo tenemos concedido

»Pidamos desde lo íntimo del corazón y con toda el alma la misericordia divina, puesto que Dios ha dicho: «No apartaré de ellos mi misericordia». Pidamos y lo tenemos concedido; y si hubiere demora o tardanza en el recibir por cuanto hemos ofendido gravemente a Dios, llamemos; pues también al que llama se le abre, con tal que sean las que llamen a la puerta nuestras preces y gemidos y nuestras lágrimas, en las cuales es preciso que insistamos y nos detengamos, y con tal que la oración sea unánime. Porque habéis de saber que lo que más me ha impulsado a escribiros esta carta fué el haberme dicho en una visión: «Pedid y está concedido», y que habiéndose mandado inmediatamente al pueblo que presente estaba, rogaran a Él por algunas determinadas personas, fueron discordes las voces en el pedir, cosa que disgustó vehementemente a Aquel que tenía dicho: «Pedid y conseguido está», por haber discrepancias en el pueblo y no haber existido un solo sentir entre los hermanos con concordia sencilla y estrecha. (...)

Sin intermisión en el pedir, roguemos

»Nosotros, en tanto, sin intermisión en el pedir, y con la fe de que alcanzaremos, con simplicidad y unanimidad roguemos al Señor pidiendo con gemidos y llanto como deben orar quienes moran entre cristianos que caen y luego se lamentan y otros que están con el temor de caer entre el estrago de muchos débiles y la firmeza de unos pocos que continúan en pie. Pidamos que luego vuelva la paz; que pronto se nos envíe socorro a nuestros escondrijos y peligros, que se cumpla lo que el Señor se digna revelar a sus siervos, la restauración de su Iglesia, la seguridad de nuestra salvación, la serenidad des-

pués de las lluvias, después de las tinieblas la luz, después de las borrascas y torbellinos la plácida calma, los piadosos auxilios del amor paterno, las acostumbradas magnificencias de la majestad divina, para que con todo ello sean humillados los perseguidores blasfemos y reformada la penitencia de los caídos y glorificada la confianza firme y estable de los que perseveraron» (Carta XI, en «Cartas selectas», Aspás, 1946).

IV

LA VICTORIA

Pasada la lucha, otras cuestiones amenazaban de nuevo a la Cristiandad. Por una revelación conoció San Cipriano que amagaba una nueva persecución. Pero esta vez el enemigo no logrará la victoria. El Pastor que ha sostenido el rebaño en medio de la ruina, lo preparará para la próxima batalla.

Una lucha más grave y feroz amenaza

«Y no creamos que será lo que viene como lo que ya pasó —les dice—. Una lucha más grave y feroz amenaza, para la cual deben prepararse los fieles con una fe incorrupta y una virtud robusta, considerando que cada día beben la sangre de Cristo, para que puedan derramar la suya propia por la causa de Cristo» (Ep. LVI).

A nadie le aterre la persecución futura

San Cipriano ve que se acerca fatal la tempestad, pero ve también la misericordia divina tendiendo las manos a sus escogidos.

«A nadie de vosotros, hermanos carísimos, le aterre el miedo de la persecución futura, ni la venida inminente del Anticristo, hasta el punto de afrontar la lucha sin las armas de las exhortaciones evangélicas, de los preceptos y de los avisos divinos. Viene el Anticristo, pero sobreviene Cristo; avanza y se enfurece el enemigo, pero en seguida viene el Señor a vengar nuestros sufrimientos y nuestras heridas; arde en ira el adversario y amenaza, pero existe Quien puede librarnos de sus manos. A Aquel debemos temer cuya ira nadie puede evadir, habiendo Él mismo dicho: No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Temed más bien a Aquel que puede echar cuerpo y alma en el infierno» (...).

Puesta la confianza en Dios, les propone el Santo la formación de una milicia espiritual.

«Y no tomamos el nombre de milicia —dice— de modo que debamos sólo pensar en la paz y recusar la lucha. Armémonos, pues, carísimos her-

Debemos sin vacilación decir que es imposible que la Iglesia con los medios humanos pueda cumplir este deber.

Esta absoluta necesidad de «recristianización» que es indispensable para que el mundo se salve, y la absoluta imposibilidad de cumplir esta misión debe ser claramente conocida y totalmente admitida por nosotros.

De otro modo nunca nos acogemos fervorosamente y con la intención debida a los medios sobrenaturales.

Véase en las págs. 409, 410 y 411 de este mismo número: *Un juicio que nos llega de Roma sobre la presente situación del mundo.*

manos, para la lucha con un alma pura, con fe íntegra, con virtud devota. Ármense los íntegros, no caiga el íntegro que poco ha se mantenía en pie; ármense los caídos para que el caído recobre lo que perdió» (Ep. LVI).

Un milagro de la caridad

La peste se había cebado sobre África cuando comenzó la persecución de Galo. A pesar de tantas miserias, la Iglesia africana fué un ejemplo de caridad y fortaleza.

Mientras sostenían la ruda lucha de la persecución y de la peste reciben una demanda de auxilio de los Obispos de Numidia: necesitan dinero para rescatar los cristianos presos.

«Pensando todo lo cual, y habiéndolo examinado con dolor nuestra fraternidad, todos inmediatamente, de buena gana y con largueza ofrecieron el auxilio pecuniario a sus hermanos. Entregados siempre a la obra de Dios según la firmeza de su fe, se encendieron ahora de una manera especial para las obras saludables con la contemplación de tanto dolor (...).

»Os damos, pues, gracias porque nos habéis hecho partícipes de vuestra solicitud y de tan buena y necesaria obra, ya que nos habéis ofrecido fécondos campos en los cuales sembráramos la semilla de nuestra esperanza, esperando la cosecha de abundantes frutos que de esta operación saludable y celeste provienen. Os hemos enviado cien mil sestercios que se han recogido en esta Iglesia que por la gracia de Dios presidimos, con la contribución del clero y del pueblo que nos rodea. Lo cual repartiréis ahí vosotros según vuestra diligencia» (Ep. LX).

No nos consternamos ante la adversidad

La actuación de San Cipriano no sólo tuvo su efecto en un renacimiento de la caridad, sino también en la solidez de la conducta que los cristianos observaron frente a los tormentos. Los siguientes fragmentos están extractados de un libro que el santo obispo dirigió a un pagano tenaz perseguidor de la Iglesia.

«Privas de su casa a los inocentes, a los justos, a los queridos de Dios; los despojas de su patrimonio, los oprimes con cadenas, los encierras en la cárcel, los hieres con espada, bestias, fuego. Y ni siquiera te contentas con suplicios rápidos y con la simple y veloz brevedad de las penas; procuras largos tormentos para despedazar los cuerpos; multiplicas los numerosos suplicios para lacerar las entrañas; tu ferocidad y tu inhumanidad no pueden ser contenidas por los tormentos ya usados, y la ingeniosa crueldad imagina nuevas penas. (...)

»Sin embargo, nadie de nosotros, al ser preso, se resiste, ni se venga contra vuestra injusta violencia, aun cuando nuestro pueblo es grande y copioso. La seguridad de la reivindicación futura les hace pacientes. Se someten a los malvados los inocentes, y se abrazan con dulzura a las penas y tormentos. (...)

»Finalmente, no nos consternamos ante la adversidad, no nos abatimos, no nos dolemos; en el tiempo de la desgracia, como en el tiempo de la salud, nada susurramos. Vivimos más del espíritu que de la carne, y con la entereza de ánimo vencemos la debilidad del cuerpo. Sabemos y confiamos en que nuestros tormentos y fatigas nos sirven de prueba y fortalecimiento.» (Liber ad Demetrianum, XII-XVIII.)

Lector: No dejes de leer EL AUTORIZADO JUICIO QUE NOS LLEGA DE ROMA acerca de la situación y los peligros del mundo.

Debemos advertir que cuando se nos exhorta insistentemente a que «tengamos conciencia de la gravedad de la hora presente» no se trata precisamente de anunciarnos como cierta e inmediata la guerra de las armas con carácter universal.

Es ya de por sí gravísima la situación que lleva anejo el peligro de una tal guerra. Pero sobre todo la gravedad suma consiste en los males de orden espiritual que oprimen al mundo.

Y si se nos insiste tanto acerca de la gravedad y de los peligros del mundo, y en la imposibilidad de superarlos con sólo los medios humanos, es precisamente «para que en estos difícilísimos tiempos no desesperemos sino que busquemos únicamente el verdadero auxilio, esto es, el auxilio divino.»

LA CRUZADA CATOLICA EN ORIENTE

ECOS DEL AÑO SANTO EN LA CHINA COMUNISTA

Un mensaje para el mundo entero: 14.000 misioneros católicos guardan su puesto de vanguardia. - Glosando la palabra «Penitencia». - Los 6.000 refugiados de «Junk Bay» son un símbolo del sufrimiento en la China Roja. - Una postura católica.

En el artículo que nos envía nuestro colaborador desde el Extremo Oriente resuena el eco de una verdadera y sólida esperanza cristiana. Si, el mundo para salvarse necesita absolutamente la conversión a Dios y a su Iglesia. Pero ¿no es acaso la conversión del mundo y la unión de las naciones en el Reino de Dios el excelso fin de la Iglesia? El espíritu de los cristianos «destinados a conocer el mensaje de paz, precisamente porque sufren», nos muestra de hecho la eficacia eterna de la gracia divina.

Las hojas del calendario de nuestro Año Santo parece que caen ahora más rápidas, impulsadas por la incertidumbre del porvenir.

Se comentan enconadamente los acontecimientos de Corea. Y la inquietud por nuevas amenazas bélicas quiere interponerse a la voz rotunda del Pontífice que sigue clamando por la paz.

«La paz tan deseada no ha llegado todavía, la paz firme, sólida, la paz que componga los muchos y crecientes motivos de discordia. Muchos pueblos luchan acá y allá entre sí; y no existiendo mutua confianza, de tal modo amontonan armamento a porfía, que quedan temerosos y en suspenso los ánimos de todos» (1).

El «Pax, pax et non erat pax» del Profeta (2) cobra nuevo relieve precisamente en estos días del gran retorno y del gran perdón.

Cuando a nuestro lejano Oriente llegan los reportajes gráficos y las interesantes nuevas de la vitalidad católica en la Ciudad Eterna, nos sentimos más vinculados, si cabe, a esa Iglesia universal de Cristo, que es esencialmente Iglesia de paz.

Es un Año Santo de consecuencias trascendentes. El Padre común lo ha anunciado desde su atalaya de Roma: «Si alguna vez os parece que hay ocasión propicia para exhortar a los dirigentes de los pueblos a pensamientos de paz, ésta del Año Santo nos parece la más oportuna» (3).

«El Año Santo ha de ser tiempo de curación y de arrepentimiento» (4).

Y los tres golpes de martillo abrieron la Puerta que en su amplitud da acceso a todos los hombres de buena voluntad. Y resonaron en todo el orbe saltando las fronteras.

Estos golpes nos traían —en la anchura del corazón del Pontífice— un mensaje de presagio y una inquietud de Padre: «El corazón nos dice que este Año Santo verá muchos de esos retornos, como verá multiplicarse las conversiones a la fe cristiana de los paganos en tierra de Misión» (5).

«Pero con el más vivo dolor de nuestra alma no podemos apartar el pensamiento de los graves peligros que amenazan o que han causado estragos en la religión y en sus instituciones en otros países de Europa y de Asia, como en la China asolada, donde trágicos acontecimientos han convertido floraciones de vida en cementerio de muerte» (6).

En este marco del Año Santo nos parece comentar la situación de este gran país que ha sabido atraer el cariño especial de nuestro Padre. Y lo primero que viene a la mente al centrar el tema en este terreno católicamente misionero es un sentido de Cruzada que explica sobrada-

mente la postura estructural de la Iglesia en China en este Año Santo.

Cuando se oye hablar, pongo por ejemplo, de las últimas extravagancias pontificadas en una reunión existencialista de un cafetín parisién, llega uno a dudar si se podrá mencionar tan sólo el nombre de Cruzada. Parece demasiado arcaico para nuestro paladar moderno.

Y el Papa habla de Cruzada. Y el eco blando de la voz paternal se oye aflorar en labios misioneros. Pero no Cruzada como las del medioevo. Cruzada de paz valiente: «A nadie es lícita la indolencia, a nadie la inercia; nadie se entregue al ocio mientras amenazan males tan grandes» (7).

Y nuestros misioneros de China han recibido en bloque compactamente católico la consigna del Papa.

Esta consigna pontificia de Cruzada por la paz ha sido transmitida al mundo entero en un mensaje sencillo —para muchísimos desconocido— que, sin carácter de universalidad, habla en términos precisos a todos los hombres que quieran oírlo.

«Hay casi 14.000 misioneros católicos en China hoy en día», decía en Hongkong hace unas semanas Monseñor Martin T. Gillian, Secretario de la Internunciatura Apostólica en China.

«¿Por qué han permanecido esos 14.000 misioneros en China?

»Primero, por la sincera amistad al pueblo chino. El misionero dedica su vida al servicio de su Padre Dios, de sus hermanos los hombres.

»La segunda razón por que los misioneros han permanecido es por ser esto parte de una antigua tradición católica. La Iglesia cuida de la vida espiritual del hombre con gran seriedad. De siglo en siglo, en paz o en guerra, ha afirmado la Iglesia la suprema importancia del hombre espiritual, en contraposición al hombre de sentidos, al económico o al político.

»La tercera razón —concluye Monseñor Gillian— puede atribuirse a la disciplina y organización de la Iglesia Católica. La Iglesia no tiene brigadas de policía, ni ejército, ni bombas de ningún género, pero la Iglesia requiere libre obediencia y la Iglesia tiene un Supremo Jefe reconocido por todos» (8).

Esta nota valiente y de color es una réplica lograda a las palabras de la Encíclica del Papa, que comentábamos arriba. «No ahorren fatigas los ministros de Dios, a fin de que en este Año Santo, sobre todo, depuestos los prejuicios y las falsas opiniones, extinguidos los odios y pacificadas las discordias, de tal manera se nutra con la doctrina evangélica el rebaño que les ha sido confiado, y de tal modo participe de la vida cristiana, que sea una realidad la feliz restauración de las costumbres» (9).

(1) Carta encíclica «Anni Sacri», conf. CRISTIANDAD n. 145, p. 164.

(2) Jer. VI, 14.

(3) Radiomensaje de Navidad, 1949, conf. CRISTIANDAD, n. 140, pág. 29.

(4) Ibidem.

(5) Radiomensaje, pág. 27.

(6) Ibidem.

(7) «Anni Sacri», pág. 165, n. 145.

(8) Ver el discurso completo en «Sunday Examiner», Hongkong, 23 junio, 50.

(9) «Anni Sacri», CRISTIANDAD, pág. 165.

Nuestros misioneros —batiendo un impresionante récord— han permanecido clavados en su puesto de vanguardia, como soldados de la paz que predica el Pontífice de Roma.

El Papa, al mostrarnos el fin de su Cruzada no quiere ocultarnos los medios que hemos de emplear: «El Año Santo, sea, pues, principalmente de arrepentimiento y de expiación» (10).

Y la palabra «penitencia» tiene hoy en día un valor integral en nuestras Misiones de China, quizá como en ninguna otra parte del mundo. Lo han reconocido nuestros misioneros y nuestros cristianos. China sufre, y China está expiando por el mundo en la persona de sus Obispos acusados y de sus misioneros deportados a Rusia o disfrazados de simples vendedores ambulantes.

Sería demasiado prolijo intentar siquiera bosquejar la situación interna y real de China.

Yo os puedo asegurar que las cartas privadas de los misioneros, en los puntos más distantes de aquella vastísima nación, arrojan un factor común que nos debe hacer mirar con optimismo hacia la China Mártir, precisamente cuando la fácil política internacional piruetea de nuevo sobre el alambre con posibilidades de caer en un nuevo conflicto mundial. Los misioneros dicen paladinamente: Nuestros cristianos de China se crecen en la adversidad. Saben dar testimonio y hacerse cargo de la trascendencia de la hora presente.

Es una voz común que nos confirma cada mes «China Missionary Bulletin» (11).

Cuando escribo estas líneas tengo en mis manos dos cartas que considero como una clarinada valiente de China en este Año Santo para vosotros.

La primera es un detalle de lo que sufre China en esta jornada de la gran expiación.

«Hay en Junk Bay —Hong-Kong— 6.000 hombres, mujeres y niños, la mayor parte soldados del Ejército nacionalista con sus familiares, viviendo en extrema pobreza en un campo de refugiados. Reciben del Gobierno una exigua ración de arroz cada día, pero una tercera parte no tiene dónde cobijarse y están vestidos con harapos. Hay

enfermos con fiebres y llagas... y no hay medicinas. Esta pobre gente es un símbolo de los millones que sufren detrás de la cortina de bambú.»

A nuestro recuerdo viene aquella escena de la probática piscina y vemos que para completar la analogía precisamos de un ángel que mueva las aguas. «Si conocieras el don de Dios» (12), podemos repetir muy quedo con el Maestro a todos y a cada uno de esos pobres hermanos nuestros que sufren en China este Año Santo.

Sí. Están destinados a conocer el mensaje de la paz, precisamente porque sufren.

Y aquí nos vemos forzados a delinear nuestra postura católica. La postura de que nos habla el Papa: «Os exhortamos, Venerables Hermanos, a iniciar entre vuestros fleles una manera de cruzada de oraciones para impetrar del Padre de las misericordias y Dios de toda consolación los oportunos remedios para los males presentes» (13).

O como glosaba la otra carta de un misionero de que os he hecho mención, con sabor a primeros siglos de cristianismo en las catacumbas de Roma:

«Orad sin descanso por los Padres y Estudiantes encarcelados: ocho Padres, nueve Estudiantes y un Hermano Coadjutor. Además, tres de ellos han sido llevados a Rusia, dos de los cuales han muerto ya y el tercero nadie sabe dónde está.

»Nuevas de Peking nos anuncian el cautiverio del Superior de la Misión de Sienhsien, y de Monseñor Ly, Vicario General de la diócesis de Peking. ¡Dios los proteja!»

Nuestra actitud católica pide que modelemos nuestras vidas según los diseños que en estos momentos decisivos nos traza desde la Ciudad Eterna el Papa de la paz. En esta gran Cruzada de Oración y Penitencia por el Reino de Cristo ningún católico puede ser desertor.

Al percibir hoy los ecos lejanos de China en nuestro Año Santo de 1950, nuestra postura firme de Cruzada será una respuesta connatural a nuestra fe de católicos, unidos por vínculos insolubles a la Iglesia Universal.

Novaliches, Quezon City, Philippines.

Carlos del Saz-Orozco, S. I.

Agosto de 1950.

(10) Radiomensaje, loc. cit. pág. 29.

(11) China Missionary Bulletin, Marzo, 50, Témoignage y los números siguientes.

(12) Juan, IV, 10.

(13) «Anni Sacri», loc. cit. pág. 165.

EL LLAMAMIENTO DEL PAPA A LOS INTELLECTUALES

CARTA DE PIO XII AL XXI CONGRESO MUNDIAL DE «PAX ROMANA»

«Os señalamos la imperiosa exigencia de dos deberes: Presencia en el pensamiento contemporáneo. Servicio a la Iglesia. *«Este servicio lo prestaréis más eficazmente dentro del campo de vuestra respectiva profesión. Hoy los teólogos católicos deben poder contar con nuestros hijos sabios o técnicos, filósofos o juristas, historiadores, sociólogos o médicos.»*

«Nos dirigimos a vosotros con alegría, queridos hijos y queridas hijas, que bajo la presidencia del Cardenal-Arzbispo de Utrecht estáis reunidos en la antigua ciudad de Amsterdam con ocasión del XXI Congreso Mundial de «Pax Romana». Nuestras primeras palabras sean para invocar sobre los trabajos que inauguráis la abundancia de los dones espirituales de luz y de fuerza.

»Hoy, en efecto, vuestro título de estudiantes e intelectuales católicos está lleno de responsabilidades, como raramente se dieron en el curso de la Historia, por lo que, en el pacífico combate por la defensa y esclarecimiento de la verdad Nos os exhortamos, según los términos mismos del Apóstol, «a permanecer con el mismo espíritu luchando unidos y con unánime corazón por la fe del Evangelio, sin dejaros intimidar en nada por las adversidades». Si ello fuera necesario, el programa de vuestras reuniones sería

para Nos la prueba de que no os sustraéis a los problemas que se imponen al pensamiento moderno ni en particular a las tachas que pesan sobre los pensadores cristianos. Os deseamos toda clase de venturas y que los votos del Padre común os sean garantía de una labor fraternal y fructuosa.

«En la unidad de vuestro doble movimiento internacional, vosotros simbolizáis, a nuestros ojos, no solamente la diversidad de profesiones literarias y científicas que se distribuyen el campo de la actividad intelectual, sino también la riqueza ancestral de las tradiciones de cada uno de vuestros países; por lo demás, vuestra sola presencia atestigua que los pacientes esfuerzos, tanto de sacerdotes como de seglares, en cada pueblo, en cada universidad, han hecho realidad estos grupos de Acción Católica, cuya vitalidad es condición y garantía del valor de vuestra Asamblea.

»Así, pues, saludando al Congreso de «Pax Romana», Nos vemos alinearse a vuestro lado una inmensa muchedumbre de hijos nuestros, los estudiantes y los intelectuales católicos del mundo entero; a todos ellos como a vosotros señalamos la imperiosa exigencia de estos dos deberes:

- »Presencia en el pensamiento contemporáneo.
- »Servicio de la Iglesia.

Presencia en el pensamiento contemporáneo

»Si, estad siempre presentes a la hora de los combates de la inteligencia, a la hora de estudiar los problemas del hombre y de la naturaleza en las nuevas dimensiones que en el futuro requiera. No se nos ocultan, ciertamente, los peligros particulares que amenazan hoy al espíritu humano, dada la amplitud de las elevadas cuestiones, pero ¿los hijos de la Iglesia podrían abandonar la investigación y la reflexión cuando, precisamente, las desordenadas aplicaciones de la ciencia y el prestigio del relativismo filosófico hacen vacilar, en espíritus frágiles e inquietos, los principios fundamentales y los valores más esenciales?

»Que vuestra presencia en la palestra del pensamiento represente, por el contrario, un testimonio de firmeza y de prudencia. El progreso científico no sabrá, como tal, desconcertar al creyente, que muy por el contrario, se goza en servirle y saluda en todo nuevo descubrimiento una brillante manifestación de la sabiduría y grandeza del Creador. Mas, frente a la seducción de los nuevos sistemas, es más que nunca necesario, para el futuro mismo del espíritu, asegurar las bases de una sana filosofía y afirmar la trascendencia de la verdad. Fuera de aquélla, la razón humana no puede más que flotar en una inestabilidad, a menos que la propia razón se erija en principio supremo, despreciando los derechos soberanos de Dios.

»Que vuestra presencia sea también una prueba de caridad y de unión. Sin duda, la amplitud del saber contemporáneo está exigiendo para el futuro, por encima del plano de los conocimientos técnicos, una colaboración muy frecuentemente paralizada, por desgracia, por consideraciones extrañas a la preocupación por la verdad. Mas la urgencia de los problemas humanos planteados a nuestra generación exige, de modo especial a todos los espíritus rectos y sinceros, la unanimidad de esfuerzos para una comprensión recíproca: estudiantes de todos los países, intelectuales católicos de cada una de las profesiones, ¡multiplicad entre vosotros, a vuestro alrededor, los intercambios fructuosos y los contactos pacificadores!

»A decir verdad, de parte de los católicos se ha realizado ya una acción en este sentido, y sus resultados han sido muy apreciados por la competencia y conciencia de aquéllos, prestando un auténtico servicio a la Iglesia.

Verdadero servicio a la Iglesia

»Pero este servicio le prestaréis más eficazmente todavía dentro del marco de la respectiva profesión, aportando a la elaboración del pensamiento cristiano el apoyo necesario de vuestras experiencias y de vuestra cultura. Hoy, los teólogos católicos deben poder contar con nuestros hijos sabios o técnicos, filósofos o juristas, historiadores, sociólogos o médicos para prestar a sus trabajos la base de los conocimientos profanos demostrados. Esta es vuestra privilegiada misión en el seno de la Iglesia como intelectuales.

»Por lo que este servicio debéis prestarlo con sentido de vuestra responsabilidad, pero también con un corazón filial y con una confiada docilidad. La enseñanza que la Iglesia os proporciona, las directrices que ella os da, la prudencia que os impone en muchos casos, son para vuestros trabajos otras tantas fuentes de fecundidad, a la vez que garantías de seguridad y prendas de verdadera libertad. Nos deseamos de todo corazón que en las tareas de vuestra profesión encontréis cada día mayor éxito, con aquel respeto y aquella vigilancia con que la Iglesia maternalmente sostiene vuestros esfuerzos en estos tiempos difíciles que vosotros vivís.

»De esta forma, estudiantes e intelectuales cristianos, participaréis, según vuestra propia vocación, en la obra de la Redención, dentro del mundo en que os desarrolléis. La cooperación a esta obra de salvación —de la que habéis hecho tema central de vuestro Congreso—, ¿no exige, en efecto, que insertéis en el corazón mismo del esfuerzo intelectual contemporáneo la imagen de Cristo, en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado? Y exige igualmente que llevéis fecunda en vuestros espíritus la virtud salvadora de este Cristo, único Redentor, cuya vida nos es comunicada dentro de su Iglesia.

»Continuad, pues, vuestros trabajos animados de un mismo espíritu, fuertes en una misma esperanza, seguros de la confianza que en vosotros ponen la Iglesia y su jefe. Sea prenda de nuestra paternal benevolencia y de nuestros votos la amplia bendición apostólica que os damos y fuente de gracias abundantes sobre vuestras personas y trabajos.»

Pfo, PP. XII

En los medios sobrenaturales, pues, y únicamente en ellos, se funda toda nuestra esperanza.

Ciertamente debemos usar de los medios naturales de todas las maneras posibles, los cuales, sin embargo, reciben sólo de la divina gracia su valor y eficacia para la propagación del Reino de Dios.

Y así, aún en estos difícilísimos tiempos no hay que desesperar, sino buscar únicamente el verdadero auxilio, es decir, el auxilio divino.

LA ELECCION DE PILATOS

Stalinismo y comunismo

La idea central sobre la que gira la política internacional del Occidente es que la Unión Soviética es «la base fundamental del comunismo mundial» (1). Alrededor de esta afirmación, que en la mentalidad general de las gentes tienen la categoría de un principio axiomático, se ha ido construyendo en estos últimos tiempos todo el andamiaje de acuerdos y pactos que constituye el armazón del llamado mundo occidental frente a la política agresiva de la U. R. S. S.; lo cual, si bien es verdad que ha tenido la virtud de unificar tendencias y sincronizar en determinadas ocasiones la acción de la diplomacia en los países democráticos, no es menos cierto que ha frustrado, a veces radicalmente, lo que en dichas tendencias o actuación diplomática pudiera atribuirse a los hombres de «buena voluntad».

Sin tratar de descifrar ahora el origen de tan sospechosa idea, no podemos menos que dejar constancia de ella cuando tratamos de tener conciencia clara de la situación política del mundo, ya que la misma nos da razón del porqué las grandes potencias del Occidente, al proyectar toda acción convergente contra el comunismo, se dirigen exclusivamente contra la Rusia soviética, con la finalidad confesada de detener la expansión de ésta y evitar el desencadenamiento de la tercera guerra mundial. ¿Cómo explicar de otra manera, pongamos por caso, la ayuda occidental al régimen comunista de Tito, la tolerancia con la propaganda comunista en sus respectivos países y las extrañas esperanzas en una China roja enemiga de Stalin? No ignoramos que en varias ocasiones se ha pretendido justificar, con otros argumentos, éstos o parecidos hechos, pero su misma repetición, su relación íntima y un examen atento de los antecedentes y posibles derivaciones no hacen más que poner de manifiesto que el verdadero enemigo de las naciones democráticas no es, según ellas, el comunismo, en todas sus acepciones y realidades, sino tan sólo la concreción que del mismo nos da la Rusia dominada y tiranizada por Stalin.

Tenemos, pues, ante nosotros, a tenor de aquella idea, perfectamente deslindados los campos. A un lado, el bloque que preside y dirige la U. R. S. S. con unas directrices cuyo último objetivo es la conquista del mundo entero, para sujetarlo al materialismo ateo más despiadado que conocen los siglos. Frente a él, un conglomerado muy desigual de tendencias e intereses, cuyo nexo de unión, por lo menos así parece externamente, es el temor y el miedo ante la amenaza que se levanta en Oriente. Dejando para mejor ocasión la consideración de la verdadera naturaleza de la política soviética, así como la posibilidad de que existan relaciones subterráneas entre uno y otro campo, que podrían explicarnos la falta de lógica que fácilmente puede apreciarse en el desenvolvimiento de los acontecimientos internacionales, nos fijaremos en el presente artículo, en algunos aspectos de ese conglomerado estructurado en el Pacto del Atlántico.

Norteamérica y sus responsabilidades en el mundo occidental

Ante todo, salta perfectamente a la vista que el llamado mundo occidental fuerza en cierta manera a los Estados Unidos a tomar el caudillaje y la responsabilidad total en la eficiencia y fortaleza de la alianza que se ha forjado en

los recientes años. Ese caudillaje ha venido, por otra parte, impuesto, en cierto modo, por el desarrollo de la conflagración pasada, ya que es bien sabido que la victoria final de las democracias y de la U. R. S. S. fué obra principal de la ayuda progresiva, hasta llegar a la intervención directa en la contienda, de Norteamérica.

Por idéntica razón, al resquebrajarse —por lo que sea— la coalición entre la democracia y el stalinismo, los países adscritos a los principios del doctrinarismo liberal hubieron de admitir que los Estados Unidos constituían la posibilidad única de existencia de una coalición anti-soviética, basada en el solo poder de los recursos materiales. Más aún; el estado político, social y económico a que quedaron reducidas la mayor parte de las naciones de la Europa no bolchevique, les obligó, si querían mantener la amistad y la protección de Norteamérica, a actuar según los dictados emanados de Washington. El hecho revelador (2) de que el ministro inglés Churchill fuese conminado a suscribir el plan Morgenthau, que preveía la destrucción pura y simple de Alemania, si quería obtener el crédito del que dependía la estabilización financiera de la Gran Bretaña, prueba hasta qué punto la política del Occidente estaba supeditada y lo está a algunas normas inflexibles transmitidas —creemos que ésta es la palabra adecuada— por los gobernantes estadounidenses.

Sin embargo, la situación de agobio en que se encuentra el mundo occidental a pesar de la prometida ayuda económica y militar de allende el Atlántico, sugiere inevitablemente la pregunta:

¿Hasta qué punto los Estados Unidos han cumplido fielmente sus obligaciones en orden a la responsabilidad que se han impuesto para la defensa de los países occidentales? No hay duda de que, hasta hoy, Norteamérica ha estado muy lejos de seguir una acción política rectilínea; antes bien, parece que la contradicción y el confucionismo hayan sido la norma suprema de actuación de sus dirigentes responsables. Para darse cuenta de ello, es suficiente dar una breve ojeada a lo que nos dicen algunos significativos hechos anteriores al inicio de las hostilidades en Corea.

En Europa ha existido un total desconcierto sobre sus posibilidades de defensa. Reiteradamente se sucedían las opiniones más opuestas a cargo de destacadas figuras representativas de la política y del ejército. Unos sostenían que la línea defensiva había de situarse en la misma zona de Berlín; otros, más cautos, la retrocedían hasta el Rhin o los Pirineos, para mantener algunos la peregrina idea de que la única defensa posible radicaba en una ulterior «liberación» después de su inevitable conquista por los ejércitos soviéticos.

La realidad ha demostrado que los países de la Europa occidental y meridional —las excepciones confirmarían la regla— no tienen ejércitos, carecen del indispensable armamento y, lo que es peor, se hallan faltos de moral y de espíritu de victoria. Los gobiernos europeos lanzaron periódicamente proclamas, alocuciones, planes, pero transcurrieron los meses y nadie observó un mínimo sentido constructivo en la organización defensiva. Se crea en Londres —el dato es significativo— un Consejo del Atlántico que ha de tener a su cargo fijar las premisas de una efectiva colaboración; los Estados Unidos han de colaborar activamente en el mismo, pero ningún político ni militar destacado acepta la representación que les brinda Truman. Por fin —¡no hay más remedio!— el Presidente

(1) Esta es también la opinión de James Burham. Véase su obra *La lucha por el Imperio Mundial*, pág. 382.

(2) John T. Flynn, *El mito de Roosevelt*, pág. 363.

norteamericano se ve obligado a nombrar, para un cargo de tanta responsabilidad, a un personaje de Wall Street que se ocupaba anteriormente de recoger donativos para la Opera de Nueva York (3).

¿Y qué ocurre en el continente asiático? Allí las cosas van de mal en peor. El Gobierno yanqui se desentende de Corea y de Formosa, como antes se ha desentendido de China. La frontera de los Estados Unidos no pasa por tales territorios, y al tiempo que se niegan los subsidios a Chiang-Kai-Shek, se retiran las tropas norteamericanas de guarnición en Corea y se regatea la entrega de una parte del crédito de diez millones de dólares, anteriormente aprobado, a los coreanos del Sur. ¿Y qué diremos de la Indochina y del mismo Japón? Después de la declaración del senador demócrata Connally, presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores, oponiéndose al envío de soldados norteamericanos para «ocuparse de una guerra civil a ocho mil kilómetros de distancia», aludiendo a Formosa, ¿qué tiene de particular que se abriese camino la idea de neutralizar al Japón en el futuro tratado de paz con este país?

Parece que un Estado que toma a su cargo el mantener la independencia e integridad de las naciones limítrofes de la U. R. S. S. o de sus satélites, y que defienda la tesis del rearme intensivo para evitar los horrores de un nuevo conflicto mundial, se preocupase de que aquél fuese suficiente y eficaz. Sin embargo, en el momento de producirse la invasión a través del paralelo 38, el ejército de los Estados Unidos no llega a alcanzar la cifra de 600.000 hombres, contando con todas las fuerzas situadas desde Berlín a Tokio; en el Pacífico hay un solo portaviones; la fabricación de aviones ha descendido de un promedio mensual de 1.300 aparatos en junio de 1941, a 200 escasos en el mes de junio de 1950.

Con los anteriores datos podemos ver la flagrante contradicción de una política, y cuán lejos se halla Norteamérica de las obligaciones que las circunstancias de la actual postguerra le han impuesto y a las que nunca ha renunciado.

¿Cómo explicar, entonces, una actuación tan equivocada? ¿Qué objetivos se trata de perseguir con la misma?

(3) Este y algún otro de los hechos señalados, están tomados de un trabajo publicado por J. J. Servan Schreiber, en el diario *Le Monde* (22 julio 1950).

Política de vacilación

Los hechos que hemos señalado anteriormente, y otros más que podríamos aducir, responden a la más completa exactitud, pero, ¿qué interpretación cabe darles para comprender su exacta significación? ¿Falta de madurez? ¿Influencias ocultas? (4).

En un próximo artículo trataremos de presentar nuevas precisiones de lo escrito hoy que tal vez nos den algo de luz sobre los interrogantes formulados; pero, entretanto, conviene meditar unas palabras escritas por James Burnham, en la obra anteriormente citada:

«Podemos esperar que, en un momento dado, el modo de llevar los problemas y asuntos mundiales será una mezcla de diversas políticas incompatibles entre sí: tres partes de política apaciguadora y una de dureza; dos partes de aislacionismo, con otras dos de gobierno mundial, etcétera. Durante un período de tiempo podemos esperar que predominen sucesivamente, primero una y luego otras, las diversas políticas posibles. Los humores de firmeza, apaciguamiento, aislacionismo, internacionalismo y «chauvinismo» (a menos que la guerra corte la serie), se sustituirán mutuamente.

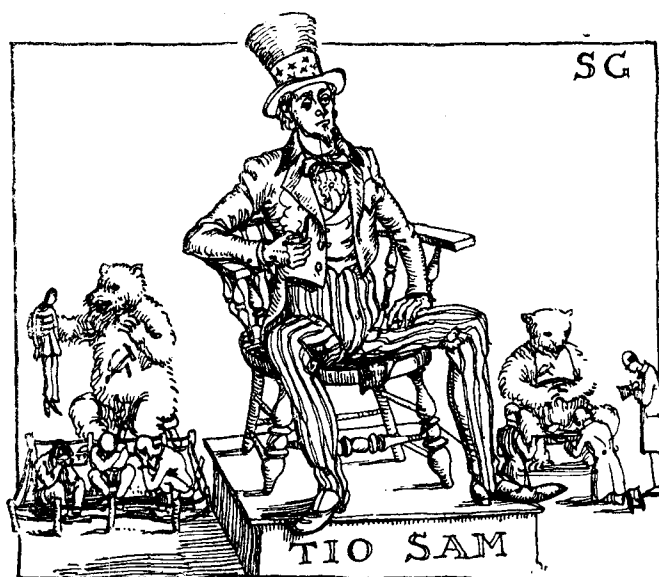
»En resumen: todo viene a indicar que los Estados Unidos tendrán, en la política exterior mundial, una *política de vacilación*...

»Una actitud vacilante frente a la tormenta que se divisa en el horizonte —largando velas en un momento para intentar alejarse de ella, y recogerlas al momento siguiente para arrojar el áncora— no hará, desgraciadamente, que la tormenta vacile por su parte: seguirá su camino a su propia marcha y estallará a su debido tiempo. Aquella indecisión sólo servirá para que cuando la turbonada golpee, se esté menos preparado para enfrentarse con ella.»

José-Oriol Cuffi Canadell

(4) Sea la que fuere la respuesta, lo cierto es que la política exterior estadounidense ha discurrido principalmente al impulso de dos corrientes: la de desentenderse prácticamente de lo que ocurre fuera del territorio americano, y la de buscar mil fórmulas para «apaciguar» a la Unión Soviética. De hecho, estas dos corrientes tienen un fondo común: evitar el enfrentarse con los problemas planteados, aceptando la «solución» de los hechos consumados.

UN EXTRAÑO CAMBIO



Antes de la hora del paralelo 38

Instrucción Pastoral de la Junta de Metropolitanos Españoles

NORMAS MORALES POR LAS QUE SE HAN DE REGIR
LOS PERIODISTAS Y PUBLICISTAS CATÓLICOS

«Mucho esperamos y muy confiadamente de todos los católicos españoles.
«A todos nos dirigimos y exhortamos a respetar y acatar con docilidad
y exactitud estas normas y orientaciones nuestras, que fluyen como ineludible
consecuencia de los principios básicos de la Fe y la Moral cristianas y de
las enseñanzas pontificias.»

(De la mencionada Instrucción)

1.^a Dado el inmenso daño que para la fe y las costumbres envuelve cualquier género de escritos contrarios a la Fe o a la Moral cristiana, deben los católicos considerar como función de caridad materna la vigilancia y solicitud de la Iglesia en la prohibición de libros y publicaciones, aceptándola con docilidad filial; no leyendo, ni recomendando, ni divulgando, obras contrarias a la concepción cristiana de la vida y del mundo.

2.^a Al hablar o escribir sobre libros dogmática o moralmente reprobables, han de proceder con justicia, sí, pero con caridad hacia sus oyentes o lectores, expresándose de modo que éstos entiendan fácilmente dónde se encubre el veneno, los errores y peligros para la moral.

3.^a Deben abstenerse los críticos y publicistas católicos de elogiar aun la parte puramente literaria o artística de libros, obras teatrales o películas inmorales o heterodoxas, pues esto constituye una tentación en que se pone a sus lectores. Y especialmente en periódicos destinados a toda clase de personas, la narración de aspectos reprobables, la exaltación de valores artísticos, necesariamente arrastra a muchos a leer la obra o ver el espectáculo.

Téngase presente y cúmplase a la letra esta preciosa regla que el Papa Pío XI a este propósito daba a los periodistas: «No escribir jamás ni una sola palabra que implique recomendación del vicio o menosprecio de la virtud» (1).

4.^a Ciertamente que la impugnación de autores, obras o películas no debe hacerse en tal forma que redunde en propaganda de lo mismo que se condena, contribuyendo indirectamente a aumentar su prestigio y nombradía. Mas no por eso el crítico católico puede eximirse de poner bien en claro el aspecto moral y hacer resaltar con razones lo reprobable de la obra o exhibición. Y si la malicia y corrupción de muchos, que gozan revolcándose en el fango de la inmoralidad, tomase de ahí mismo ocasión y estímulo para leer o ver lo que se reprueba, podrían muy bien aplicarse aquellas palabras del sagrado libro de Ezequiel: «Si habiendo tú amonestado al malvado, no se convierte él de su maldad y de sus perversos caminos, él morirá en su iniquidad, pero tú habrás salvado tu alma» (2).

5.^a Dado el carácter de servicio público informativo de las llamadas «carteleras de espectáculos», podrán publicarse insertando ellas toda clase de obras o películas, a excepción de las «carteleras» correspondientes a aquellos locales que habitualmente están dedicados a la exhibición de inmoralidades. Pero en la prensa católica debe ponerse a continuación la censura moral —de la Iglesia— de cada uno de los espectáculos anunciados.

6.^a «La prensa católica —son palabras del Papa— ha de estar exclusivamente al servicio de la verdad, de la justicia y de la paz... Ha de tener el valor, aunque sea al precio de sacrificios pecuniarios, de proscribir implacablemente de sus columnas todo anuncio, toda publicidad injuriosa para la fe o la honestidad» (3).

(1) Discurso a un Congreso de periodistas. 11 agosto 1931.

(2) Ez. 3, 19.

(3) Discurso al Congreso de Periodistas Católicos. Febrero 1950.

Consiguientemente:

a) En ninguna sección de anuncios o de reclamos podrá publicarse nada que en el texto o en el grabado contenga algo inmoral.

b) En ningún caso se pueden publicar anuncios ni reclamos de espectáculos inmorales.

c) Tan sólo en el caso en que sea cierta la moralidad de un espectáculo, podrá anunciarse con reclamo; para lo cual deberá ponerse la máxima diligencia en conocer con anticipación la moralidad o inmoralidad de aquél.

d) Si en algún caso, hechas todas las gestiones y diligencias, no ha sido posible averiguar de antemano la moralidad del espectáculo, que permanece incierta, y se sigue grave daño de negarse a insertar el reclamo, podría admitirse; pero previniendo a los lectores que se hace únicamente por vía de información y sin que esto signifique recomendación alguna.

e) Ni pretenda nadie excusarse con que todos los espectáculos pasan hoy por censura oficial. Si bien es cierto que un Estado católico, como el nuestro, debe prohibir lo gravemente inmoral, no puede una censura «civil» ser tan exigente como la censura de carácter religioso, dedicada a orientar y formar la conciencia de los fieles.

(En la Festividad del Apóstol Santiago del Año Santo de 1950)

Carta autógrafa del Papa

La carta de S. S. el Papa al Director General delegado del Apostolado de la Oración, en que bendice y alienta la Cruzada internacional, publicada en el núm. anterior, iba acompañada de unas palabras de la Secretaría de Estado. Las damos a conocer también a nuestros lectores, subrayando la importancia y significación del hecho de que aquel documento pontificio conste en escrito autógrafo de S. S. Pío XII.

Secretaría de Estado de Su Santidad.

Del Vaticano, 19 de Julio 1950.

Revdmo. Padre:

Tengo el gusto de enviarle adjunto el venerado autógrafo que el Santo Padre se ha dignado benignamente dirigirle por el feliz incremento de la Cruzada de oraciones y de obras de penitencia, proclamada para este Año Santo por el Apostolado de la Oración.

Al cumplir este agradable encargo, añado muy complacido mis vivas felicitaciones por los felices resultados que ha obtenido ya esta Cruzada tan oportuna, y formulo los votos más fervientes por frutos siempre mayores de penitencia y salvación en todo el campo de la Cristiandad.

Con sentimientos de obsequio religioso, me confirmo de V. P. Rvdma. devotísimo en el Señor.—**J. Bta. Montini.**

DE ACTUALIDAD

La Cruzada de Oración en Hungría

Las medidas sectarias de los gobernantes húngaros contra la Iglesia Católica no han hecho más que aumentar el fervor de los fieles e intensificar su vida espiritual, sobre todo en el transcurso del presente Año Santo.

Una pastoral del Obispo de Szekesfehervar, Monseñor Luis Shvoy, nos informa ampliamente de ese profundo resurgimiento de la vida religiosa en su diócesis. Todos los miembros de las órdenes y comunidades religiosas en la diócesis han secundado la Cruzada de oraciones con gran espíritu de expiación. «Las 664 monjas de los 57 conventos diocesanos —dice el Prelado— han ofrecido sus luchas interiores y sus sacrificios para tan santo propósito. Ha habido monjas que ofrendaron flagelación dos veces por semana y otras que ofrecieron diariamente una o dos horas de adoración a la Sagrada Eucaristía. En algunos conventos adoraron al Santísimo toda la noche una vez por semana, y en otros, durante dos días semanales, se ofrecían las oraciones, misas, comuniones, rosarios y los sufrimientos por la intención del Año Santo. Las monjas que cuidan de los hospitales intensificaron los ayunos, los actos de humildad, las obras de caridad y el silencio en los viernes; en varios conventos, las monjas tomaron sus comidas de rodillas un día a la semana, y otros sólo comieron pan como cena.»

En cuarenta y dos parroquias de la diócesis se celebraron semanas eucarísticas, organizándose ejercicios espirituales preparatorios en tres de ellas; otras parroquias las terminaron con adoraciones nocturnas al Santísimo y con procesiones.

Hace pocos días, la prensa internacional dió la noticia de que se había firmado un acuerdo entre el Episcopado húngaro y el gobierno de dicho país. No conocemos exactamente los términos de dicho acuerdo ni la fuente de donde procede la noticia. Sin embargo, la persecución religiosa, lejos de disminuir, va en continuo aumento. Las últimas informaciones que poseemos hablan de la disolución de todas las órdenes religiosas, exceptuando cuatro de las mismas. También se anuncia la posibilidad de nuevas detenciones de Obispos, por no sujetarse a las medidas sectarias de los dirigentes comunistas.

Israel, Corea y la O. N. U.

Los graves acontecimientos registrados en Corea han centrado en aquel país y en la posibilidad de trágicas derivaciones para el mundo entero, toda la atención mundial. Una de las consecuencias de ello ha sido el absoluto silencio que se ha hecho alrededor de las actividades de los judíos en Palestina, cuyos dirigentes vienen trabajando intensamente para conseguir los propósitos que se señalaron al fundar el nuevo Estado.

Uno de los puntos trascendentales tratados por los gobernantes israelitas ha sido el definir su posición ante la guerra de Corea y las decisiones tomadas a este respecto por la O. N. U.

En la reunión gubernamental celebrada el día 2 del pasado mes de junio, los judíos trataron ampliamente estos problemas, en presencia del Presidente Chahim Weizmann, publicando a continuación el siguiente comunicado:

«El Gobierno de Israel se opone y condena toda agresión en cualquier lugar en que se produzca y sea cual fuere

su autor. En ejecución de sus claras obligaciones dimanantes de la Carta, Israel otorga su apoyo al Consejo de Seguridad en sus esfuerzos para poner fin a las hostilidades en Corea y restaurar la paz en esta región. El Gobierno de Israel espera que las Naciones Unidas continuarán sus esfuerzos para conseguir que todas las grandes potencias laboren en un esfuerzo común para preservar la paz del mundo.»

La anterior declaración oficial, que no parecía llevar aparejada una colaboración efectiva a las fuerzas armadas de la O. N. U. —Israel se ha limitado a una asistencia sanitaria—, y que, en cierto modo, trata en plano de igualdad a los países agresores y agredidos, fué objeto de violentos ataques por parte de los miembros de los partidos no gubernamentales, lo que obligó al Presidente del Gobierno, Ben Gurion, a hacer ante el Parlamento judío las siguientes manifestaciones, que ofrecen singular interés, como podrán fácilmente apreciar nuestros lectores:

«La neutralidad de Israel entre el Oriente y el Occidente no puede privar a Israel del derecho de sostener a quien defiende una causa justa y lucha contra la agresión. Ni América, ni Rusia, pueden, ni con dinero, ni con ventajas de orden político, «comprar» a Israel. Que nadie espere que Israel mande tropas a Corea; nuestra actitud es de orden moral. Israel, empero, no puede contemplar indiferente una cuestión que atañe a la paz del mundo, ya que la existencia del pueblo judío depende de la paz.»

Vale la pena de tener presentes las anteriores palabras, que seguramente cobrarán una gran significación a la luz de los futuros acontecimientos internacionales, especialmente por lo que hace referencia al establecimiento de una paz mundial y al papel de árbitro que Israel se asigna entre las grandes potencias.

El Papa ha completado las visitas jubilares

Su Santidad el Papa Pio XII, gloriosamente reinante, completó recientemente sus visitas a las cuatro basílicas, rezando en cada una de ellas las oraciones prescritas para ganar la indulgencia jubilar. La visita a la Basílica de San Pedro la realizó el Santo Padre el día 26 de diciembre.

El Papa llegó a Roma procedente de Castelgandolfo y se dirigió en primer lugar a San Juan de Letrán, donde, después de una breve oración ante el Santísimo, se postró en el altar de la Confesión, rezando con la multitud que llenaba el templo las plegarias prescritas. Después se dirigió a Santa María la Mayor y a San Pablo Extramuros.

Una inmensa multitud aclamó al Romano Pontífice, quien impartió la bendición a la salida de cada una de las Basílicas. En Santa María la Mayor, y arrodillado ante la capilla Borghese, en la cual Su Santidad dijo su primera Misa, esperaba el paso del Pontífice el anciano Alceste Rossoni, que hizo de acólito del sacerdote Pacelli en aquella ocasión. El Papa, al reconocerlo, le otorgó paternalmente su bendición.

La emigración judía a Palestina

El Parlamento judío ha aprobado una ley sobre el «retorno a Sión». Conforme a los preceptos de la misma, todos los judíos tiene derecho a inmigrar en Is-

ACTUALIDAD

rael, excepto aquellos que actúen contra los intereses de la nación judía o que pudieran constituir una amenaza contra la salud y la seguridad del Estado.

En los momentos presentes la inmigración judía en Palestina se nutre especialmente con los núcleos existentes en el Cercano Oriente. Después del traslado en masa de los judíos del Yemen, los dirigentes judíos han concertado sendos acuerdos con los gobiernos del Afganistán, Irak y Persia, para la salida de las minorías judías de sus respectivos territorios.

La población judía del Irak es trasladada en aviones especiales a Palestina, después de hacer escala en la isla de Chipre. Hasta la fecha han llegado más de dos mil inmigrantes y se calcula una entrada mensual de cuatro mil.

Persia cobija en su Estado unos 150.000 israelitas, de los cuales han emigrado ya cerca de dos mil, procedentes todos ellos del Kurdistán.

Del Afganistán ha salido ya la primera expedición comprendiendo ciento catorce individuos.

Para acelerar esa inmigración masiva, el jefe del Departamento de la Inmigración de la Agencia Judía, Itzak Raphäel, ha propuesto un plan que prevé la entrada, en los tres años próximos, de 650.000 judíos procedentes en su mayor parte de las regiones orientales.

La población actual de la Palestina judía asciende hasta la fecha a un millón ciento veinticinco mil habitantes, según han manifestado últimamente fuentes oficiales judías.

Todas estas actividades demuestran que los dirigentes políticos del judaísmo continúan activamente

sus trabajos, sin que los gravísimos problemas que azotan a la humanidad hayan constituido un estorbo o dificultad para los mismos y para llevar adelante los proyectos que han trazado.

En orden a tales proyectos, son altamente reveladoras las palabras pronunciadas por Ben Gurion en el VII Congreso del partido gubernamental M.A.P.A.I.:

“El Estado de Israel y sus ciudadanos se han obligado a realizar una tarea suprema: acoger y absorber los judíos que viven todavía en los países del Oriente Medio y de la Europa oriental, siempre que les sea permitido emigrar de los mismos. Este plan precisa un rápido desenvolvimiento del país basado en dos principios esenciales: el mantenimiento de la independencia de Israel y la hegemonía del sionismo socialista. Aunque la desgracia de una guerra mundial haya podido ser evitada por la acción de los Estados Unidos y de las Naciones Unidas, cabe siempre la posibilidad de que estalle un conflicto entre los dos países donde viven la mayoría de los judíos: los Estados Unidos y la U. R. S. S. Por ello, los ciudadanos de Israel tienen un deber de fidelidad a cumplir hacia el Estado de Israel y el pueblo judío de la Diáspora.”

¿No llama poderosamente la atención la actitud que podríamos calificar de “supranacional” de los jefes judíos al tratar de las cuestiones de índole internacional? ¿De dónde nace esta seguridad en la misión que se atribuyen de intermediarios entre las dos más grandes potencias del mundo?

Entronización del Sagrado Corazón en el Ayuntamiento de Esplugas

Recientemente se celebró en Esplugas de Llobregat (Barcelona), la solemne consagración del Ayuntamiento de dicha villa al Sagrado Corazón de Jesús, siendo entronizada su devota imagen en el nuevo salón de sesiones de dicho Ayuntamiento.

El alcalde de Esplugas dió lectura al acto de consagración del pueblo al Corazón de Jesús en la plaza situada ante las Casas Consistoriales, teniendo lugar seguidamente una emotiva reunión en el salón de sesiones, en el transcurso de la cual el Secretario del Ayuntamiento hizo público el acuerdo municipal relativo a la solemnidad que se celebraba. El Rdo. Sr. Cura

Párroco de Esplugas puso de relieve la significación y trascendencia del acto, haciendo constar su satisfacción por el hermoso ejemplo que daba Esplugas. Finalmente, el alcalde, vivamente emocionado, expresó su satisfacción a los presentes por la asistencia a la fiesta, dedicando unas frases de elogio para CRISTIANDAD, que profundamente agradecemos.

¡Ojalá que el acto de Esplugas sea imitado por todos los pueblos y ciudades de España que aun no se hayan consagrado al divino Corazón de Jesús, única fuente de donde brota la verdadera fraternidad y la auténtica paz!

J. O. C.

CON CENSURA ECLESIASTICA

EN NUESTRO PROXIMO NUMERO

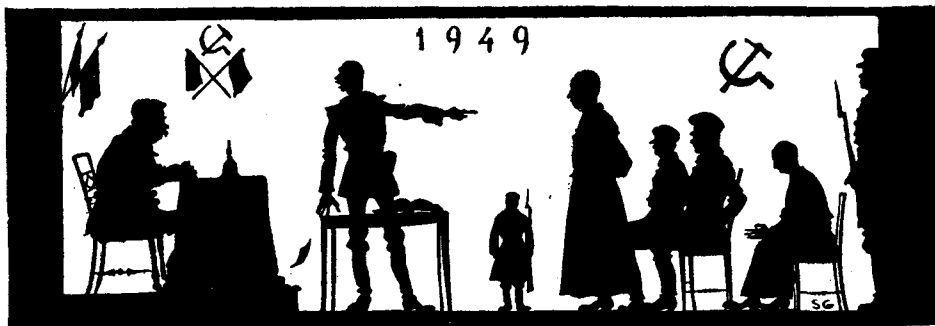
En su próximo número CRISTIANDAD, con ocasión de este mes de octubre, especialmente consagrado al *Santisimo Rosario*, acogerá en sus páginas la valiosa colaboración de los religiosos hijos de *Santo Domingo* que en todo el mundo promueven a modo de una SANTA CRUZADA, aquella devoción.

CRISTIANDAD — y sin duda todos sus lectores — agradece cordialmente esta cooperación, y se siente honrada con ella.

LA SOMBRA DE BELA KUN

por José-Oriol Cuffi Canadell

Precedida de una Carta al autor,
del Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo
de Barcelona



2.^a edición, agosto de 1950 — Precio: 10 pesetas

Ayudad a la Prensa Católica

E. B. y Cía. (N.º 1627)

FABRICAS «MARFA»
de la Razón Social

Industrial Mataró Gerona, S. A.

Jorge Juan, 5 MATARÓ Teléfono n.º 57

AYUDAD A LA PRENSA
CATÓLICA

N.º 1622

Martín Oliva

SOCIEDAD ANONIMA

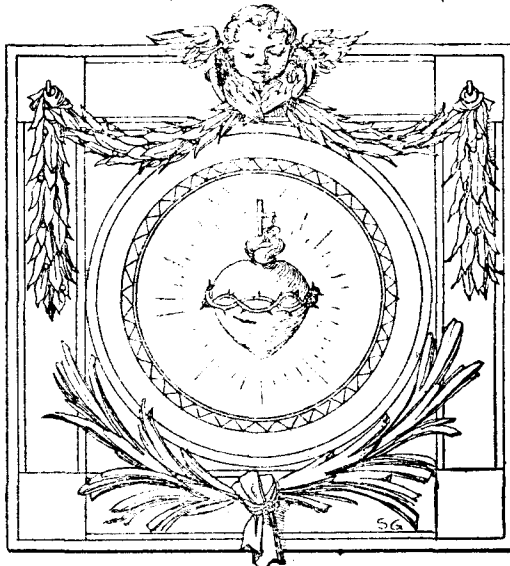
Tejidos Algodón



Bailén, 68
Teléfono 25 05 87

BARCELONA

EMISARIA
DE
CRISTO REY



SOR MARIA DEL DIVINO CORAZÓN

PRÓLOGO POR EL P. RAMÓN ORLANDIS, S. I.

PUBLICACIONES «CRISTIANDAD»

Diputación, 302, 2.º, 1.º - BARCELONA - Tel. 22 24 46

TEXTIL DALMAU

FABRICA DE TEJIDOS DE LANA
ALMACEN DE TEJIDOS DE ALGODON

ESPECIALIDADES PARA COMUNIDADES RELIGIOSAS

Teléf. 2923
San José, 3

SABADELL

EDUARDO PUIG

REFLECTORES

Primera y única fábrica nacional
especializada en esta industria

ILUMINACION

Industrial - Comercial - Espectacular

Avda. J. Antonio, 431

Teléfono 24 31 28

BARCELONA



*Visite las Cuevas
de Artá*

La España Industrial

SOCIEDAD ANONIMA

FABRICA DE HILADOS
de Algodón, Rayón (Fibra Cortada),
Mohair, Lana, Pelo, etc.

FABRICA DE TEJIDOS
de Algodón, Rayón, Viscosilla,
Mohair, Lana, Pelo y sus mezclas.

BLANQUEO, ESTAMPADOS, TINTE, APRESTOS Y ACABADOS

Fábricas en
Santa María de Sans (Barcelona)
y **Sabadell**
Despacho: **Barcelona**
Pl. Obispo Urquinaona, 6 y Lauriá, 1 y 3
Teléfono 21 64 28

Dirección telegráfica: «ESPATRIAL»

**SALA
Y BADRINAS
S. A.**



Diputación, 247
Teléfono 21 41 84
BARCELONA